

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

FABULAS DE SAMANIEGO



Ramon Fonena · Editor ·
Provenza · 93 · 97 · Barcelona

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

FÁBULAS

DE

Félix María Samaniego



EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A.

Provenza, 95. — BARCELONA

1934

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Published in Spain

AL LECTOR

Una de las lecturas más provechosas para los niños es la de las fábulas. Las narraciones de viajes y de aventuras fantásticas o reales, las vidas de hombres célebres, la descripción de los grandes inventos, son cosas que, hirviendo vivamente la imaginación del niño, le deleitan y al mismo tiempo le instruyen, contribuyendo poderosamente a desarrollar su inteligencia y a formar su espíritu; pero nada hay que influya tanto en la norma de su conducta futura, nada hay que le enseñe a caminar en la vida por la senda del bien como los cuentos en que de un ejemplo práctico se deduce una enseñanza moral. Entre éstos ocupa lugar preferente la fábula, que por su brevedad no cansa, por su forma poética agrada, por la pequeña acción dramática que encierra interesa, y por la claridad de su máxima o sentencia se inculca en el ánimo de modo que no se olvida jamás.

Por el carácter eminentemente didáctico de la fábula y por exponer sus enseñanzas en forma sumamente sencilla, es necesaria para el niño su lectura; y por que no falte una escogida colección de estas bellas composiciones en una Biblioteca como la presente, dedicada por entero a educar corazones infantiles, publicamos en este tomo las célebres *Fábulas en verso castellano* del insigne fabulista español don Félix María Samaniego, las cuales, por su sencillez, gracia, naturalidad y buen gusto, vienen siendo desde muy lejana fecha libro obligado de lectura en las escuelas.

La popularidad de estas fábulas las hace insustituíbles. Ellas han sido y serán siempre el encanto de los niños, y estamos seguros de que los pequeños lectores recibirán gozosos el presente que con su publicación le ofrecemos.

EL EDITOR



A LOS CABALLEROS ALUMNOS DEL REAL SEMINARIO PATRIÓTICO VASCONGADO

¡Oh jóvenes amables,
Que en vuestros tiernos
[años

Al templo de Minerva
Dirigís vuestros pasos!
Seguid, seguid la senda
En que marcháis, guiados
A la luz de las ciencias
Por profesores sabios.
Aunque el camino sea
Ya difícil, ya largo,
Lo allana y facilitita
El tiempo y el trabajo.
Rompiendo el duro suelo,
Con la esteva agobiado,
El labrador sus bueyes
Guía con paso tardo;
Mas al fin llega a verse
En medio del verano
De doradas espigas,
Como Ceres, rodeado.

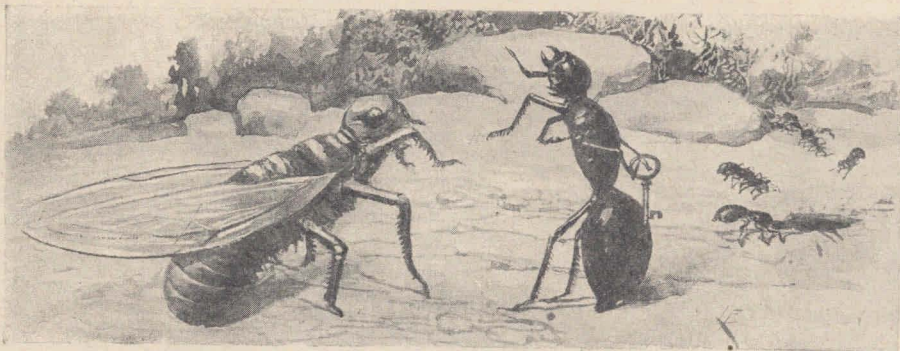
A mayores tareas,
A más graves cuidados
Es mayor y más dulce
El premio y el descanso.
Tras penosas fatigas,
La labradora mano
¡Con qué gusto recoge
Los racimos de Baco!
Ea, jóvenes, ea,
Seguid, seguid marchando
Al templo de Minerva
A recibir el lauro.
Mas yo sé, caballeros,
Que un joven entre tantos
Responderá a mis voces:
No puedo, que me canso.
Descansa en hora buena:
¿Digo yo lo contrario?
Tan lejos estoy de eso,
Que en estos versos trato
De daros un asunto

Que instruya deleitando.
Los perros y los lobos,
Los ratones y gatos,
Las zorras y las monas,
Los ciervos y caballos
Os han de hablar en verso;
Pero con juicio tanto,
Que sus máximas sean
Los consejos más sanos.
Deleitaos en ello,
Y con este descanso
A las serias tareas
Volved más alentados.
Ea, jóvenes, ea,
Seguid, seguid marchando
Al templo de Minerva
A recibir el lauro.
Pero, ¡qué! ¿os detiene
El ocio y el regalo?
Pues escuchad a Esopo,
Mis jóvenes amados.

EL ASNO Y EL COCHINO

Envidiando la suerte del cochino
Un asno maldecía su destino.
«Yo—decía—, trabajo, y como paja;
El come harina y berza, y no trabaja:
A mí me dan de palos cada día;
A él le rascan, y halagan a porfía.»
Así se lamentaba de su suerte;
Pero luego que advierte

Que a la pocilga alguna gente avanza
En guisa de matanza,
Armada de cuchillo y de caldera,
Y que con maña fiera
Dan al gordo cochino fin sangriento,
Dijo entre sí el jumento:
Si en esto para el ocio y los regalos,
Al trabajo me atengo y a los palos.



LA CIGARRA Y LA HORMIGA

Cantando la cigarra
Pasó el verano entero,
Sin hacer provisiones
Allá para el invierno.
Los fríos la obligaron
A guardar el silencio,
Y a acogerse al abrigo
De su estrecho aposento.
Vióse desproveída
Del preciso sustento,
Sin mosca, sin gusano,
Sin trigo, sin centeno.
Habitaba la hormiga
Allí tabique en medio,
Y con mil expresiones
De atención y respeto

La dijo: «Doña hormiga,
Pues que en vuestro granero
Sobran las provisiones
Para vuestro alimento,
Prestad alguna cosa
Con que viva este invierno
Esta triste cigarra,
Que alegre en otro tiempo,
Nunca conoció el daño,
Nunca supo temerlo.
No dudéis en prestarme,
Que fielmente prometo
Pagaros con ganancias,
Por el nombre que tengo.»
La codiciosa hormiga
Respondió con denuedo

Ocultando a la espalda
Las llaves del granero:
«Yo prestar lo que gano
Con un trabajo inmenso!
Dime, pues, holgazana,
¿Qué has hecho en el buen
[tiempo?]
«Yo—dijo la cigarra—,
A todo pasajero
Cantaba alegremente
Sin cesar ni un momento.»
«¡Hola! ¿conque cantabas
Cuando yo andaba al
[remo?
Pues ahora que yo como,
Baila, pese a tu cuerpo.»

EL MUCHACHO Y LA FORTUNA



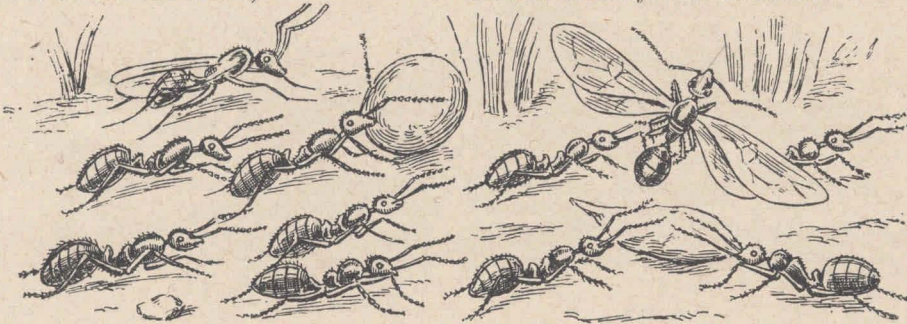
A la orilla de un pozo,
Sobre la fresca hierba,
Un incauto mancebo
Dormía a pierna suelta.
Gritóle la Fortuna:
«Insensato, despierta;
¿No ves que ahogarte
[puedes
A poco que te muevas?
Por ti y otros canallas
A veces me motejan,
Los unos de inconstante,
Y los otros de adversa.
Reveses de fortuna
Llamáis a las miserias:
¿Por qué, si son reveses
De la conducta necia?

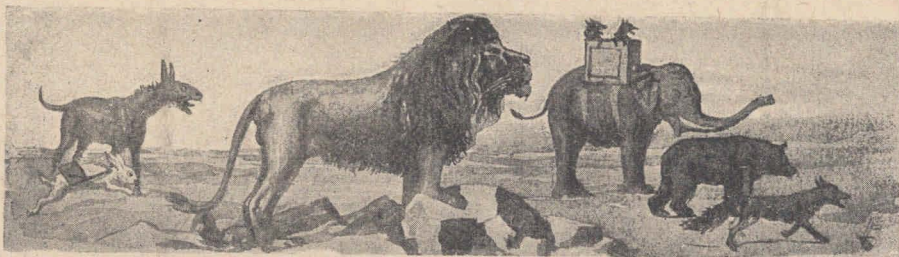


A don Javier Marfa de Munive e Idiáquez, conde de Peñaflorida, director perpetuo de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País.

Mientras que con la espada en mar y
 Los ilustres varones [tierra
 Engrandecen su fama por la guerra
 Sojuzgando naciones,
 Tú, conde, con la pluma y el arado
 Ya enriqueces la patria, ya la instruyes,
 Y haciendo venturosos has ganado
 El bien que buscas y el laurel que huyes.
 Con darte todo al bien de los humanos
 No contento tu celo,
 Supo unir a los nobles ciudadanos
 Para felicidad del patrio suelo.
 La hormiga codiciosa
 Trabaja en sociedad fructuosamente,
 Y la abeja oficiosa
 Labra siempre ayudada de su gente.
 Así unes a los hombres laboriosos
 Para hacer sus trabajos más fructuosos.
 Aquél viaja observando
 Por las naciones cultas;

Este con experiencias va mostrando
 Las útiles verdades más ocultas.
 Cuál cultiva los campos, cuál las ciencias;
 Y de diversos modos,
 Juntando estudios, viajes y experiencias,
 Resulta el bien en que trabajan todos.
 ¡En que trabajan todos! ya lo dije,
 Por más que yo también sea contado.
 El sabio presidente que nos rige
 Tiene aun al más inútil ocupado.
 Darme, conde, querías un destino,
 Al contemplarme ocioso e ignorante.
 Era difícil; mas al fin tu tino
 Encontró un genio en mí versificante.
 A Fedro y La Fontaine por modelos
 Me pusiste a la vista,
 Y hallaron tus desvelos
 Que pudiera ensayarme a fabulista.
 Y pues viene al intento,
 Pasemos al ensayo: va de cuento.





EL LEÓN CON SU EJÉRCITO

El león, rey de los bosques poderoso,
Quiso armar un ejército famoso.
Juntó sus animales al instante:
Empezó por cargar al elefante
Un castillo con útiles, y encima
Rabiosos lobos que pusiesen grima.
Al oso lo encargó de los asaltos:
Al mono con sus gestos y sus saltos
Mandó que al enemigo entretuviese:
A la zorra que diese
Ingeniosos ardides al intento.
Uno gritó: «La liebre y el jumento,
Este por tardo, aquélla por medrosa,

De estorbo servirán, no dé otra cosa.»
«¿De estorbo?—dijo el rey—, yo no lo creo:
En la liebre tendremos un correo,
Y en el asno mis tropas un trompeta.»
Así quedó la armada bien completa.

*Tu retrato es el león, conde prudente,
Y si a tu imitación, según deseo,
Examinan los jefes a su gente,
A todos han de dar útil empleo.
¿Por qué no lo han de hacer? ¿habrá
[cucaña
Cómo no hallar ociosos en España?*



LAS RANAS PIDIENDO REY

Sin rey vivía, libre, independiente,
El pueblo de las ranas felizmente.
La amable libertad sólo reinaba
En la inmensa laguna que habitaba;
Mas las ranas al fin un rey quisieron,
Y a Júpiter excelso lo pidieron.
Conoce el Dios la súplica importuna,
Y arroja un rey de palo a la laguna:
Debió de ser sin duda buen pedazo,
Pues dió su majestad tan gran porrazo,
Que el ruido atemoriza al reino todo.
Cada cual se zambulle en agua o lodo,
Y quedan en silencio tan profundo,
Cual si no hubiese ranas en el mundo.

Una de ellas asoma la cabeza,
Y viendo a la real pieza,
Publica que el monarca es un zoquete.
Congrégase la turba, y por juguete
Lo desprecian, lo ensucian con el cieno,
Y piden otro rey, que aquél no es bueno.
El padre de los dioses, irritado,
Envía a un culebrón, que a diente airado
Muerde, traga, castiga,
Y a la misera grey al punto obliga
A recurrir al dios humildemente.
«Padece—les responde—eternamente:
Que así castigo a aquel que no examina
Si su solicitud será su ruina.»

EL ASNO INFELIZ

Yo conocí un jumento
Que murió muy contento,
Por creer (y no iba fuera de camino)
Que así cesaba su fatal destino.
Pero la adversa suerte
Aun después de su muerte
Le persiguió: dispuso que al difunto
Le arrancasen el cuero luego al punto
Para hacer tamboriles,
Y que en los regocijos pastoriles
Bailasen las zagalas en el prado
Al son de su pellejo baqueteado.

*Quien por su mala estrella es infelice,
Aun muerto lo será: FEDRO lo dice.*



EL GORRIÓN Y LA LIEBRE



Un maldito gorrión así decía
A una liebre, que una águila oprímia:
«¿No eres tú tan ligera,
Que si el perro te sigue en la carrera,
Lo acarician y alaban como al cabo
Acerque tus narices a tu rabo?
Pues empieza a correr: ¿qué te detiene?»
De este modo la insulta, cuando viene
El diestro gavilán, y le arrebatla.
El preso chilla, el prendedor lo mata:
Y la liebre exclamó: «Bien merecido:
¿Quién te mandó insultar al afligido?
¿Y a más, a más meterte a consejero,
No sabiendo mirar por ti primero?»

LA OVEJA Y EL CIERVO

Un celemin de trigo
Pidió a la oveja el ciervo, y la decía:
«Si es que usted de mi paga desconfía,
A presentar me obligo
Un fiador desde luego,
Que no dará lugar a tener queja.»
«¿Y quién es éste?» preguntó la oveja.
«Es un lobo abonado, llano y lego.»
«¿Un lobo! ya; mas hallo un embarazo:
Si no tenéis más fincas que él sus dientes,
Y tú los pies para escapar valientes,
¿A quién acudiré, cumplido el plazo?»

*Si quién es el que pide, y sus fiadores,
Antes de dar prestado se examina,
Será menor, sin otra medicina,
La peste de los malos pagadores.*





Las Liebres y las Ranas

Asustadas las liebres de un estruendo,
Echaron a correr todas diciendo:

«A quien la vida cuesta tanto susto,
La muerte causará menos disgusto.»

Llegan a una laguna de esta suerte
A dar en lo profundo con la muerte.

Al ver a tanta rana, que asustada
A las aguas se arroja a su llegada:

«Hola—dijo una liebre—, ¿conque hay

[otras

Tan tímidas, que aun tiemblan de

[nosotras?

Pues suframos como ellas el destino.»

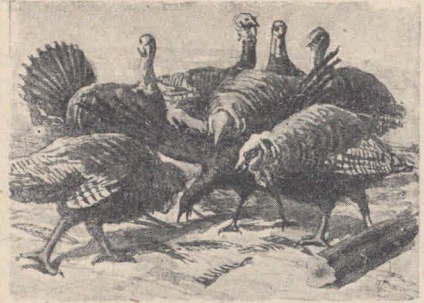
Conocieron sin más su desatino.

*Así la suerte adversa es tolerable,
Comparada con otra miserable.*

EL GRAJO VANO

Con las plumas de un pavo
Un grajo se vistió: pomposo y bravo
En medio de los pavos se pasea.
La manada lo advierte, le rodea,
Todos le pican, burlan y le envían,
¿Dónde, si ni los grajos le querían?

*¿Cuánto ha que repetimos este cuento,
Sin que haya en los plagiaros escarmiento?*



La Zorra y las uvas

Es voz común que a más del mediodía
En ayunas la zorra iba cazando:

Halla una parra, quédase mirando
De la alta vid el fruto que pendía.

Causábale mil ansias y congojas
No alcanzar a las uvas con la garra,
Al mostrar a sus dientes la alta parra
Negros racimos entre verdes hojas.

Miró, saltó, y anduvo en probaduras;
Pero vió el imposible ya de fijo.

Entonces fué cuando la zorra dijo:

«No las quiero comer: no están maduras.»

*No por eso te muestres impaciente,
Si se te frustra, Fabio, algún intento:
Aplica bien el cuento,
Y di: «No están maduras», frescamente.*





EL CERDO, EL CARNERO Y LA CABRA

Poco antes de morir el corderillo
Lame alegre la mano y el cuchillo
Que han de ser de su muerte el instrumento,
Y es feliz hasta el último momento.
Así, cuando es el mal inevitable,
Es quien menos prevé, más envidiable.
Bien oportunamente mi memoria
Me presenta al lechón de cierta historia.

Al mercado llevaba un carretero
Un marrano, una cabra y un carnero.
Con perdón, el cochino
Clamaba sin cesar en el camino:
«¡Esta sí que es miseria!
Perdido soy, me llevan a la feria.»
Así gritaba, ¡mas con qué gruñidos!
No dió en su esclavitud tales gemidos
Hécuba la infelice.

El carretero al gruñidor le dice:
«¿No miras al carnero y a la cabra,
Que vienen sin hablar una palabra?»
«¡Ay, señor—le responde—; ya lo veo!
Son tontos, y no piensan: yo preveo
Nuestra muerte cercana.
A los dos por la leche y por la lana
Quizá no matarán tan prontamente;
Pero a mí, que soy bueno solamente
Para pasto del hombre... no lo dudo,
Mañana comerán de mi menudo.
Adiós, pocilga, adiós, gamella mía.»
Sutilmente su muerte preveía;
¿Mas qué lograba el pensador marrano?
Nada, sino sentirla de antemano.

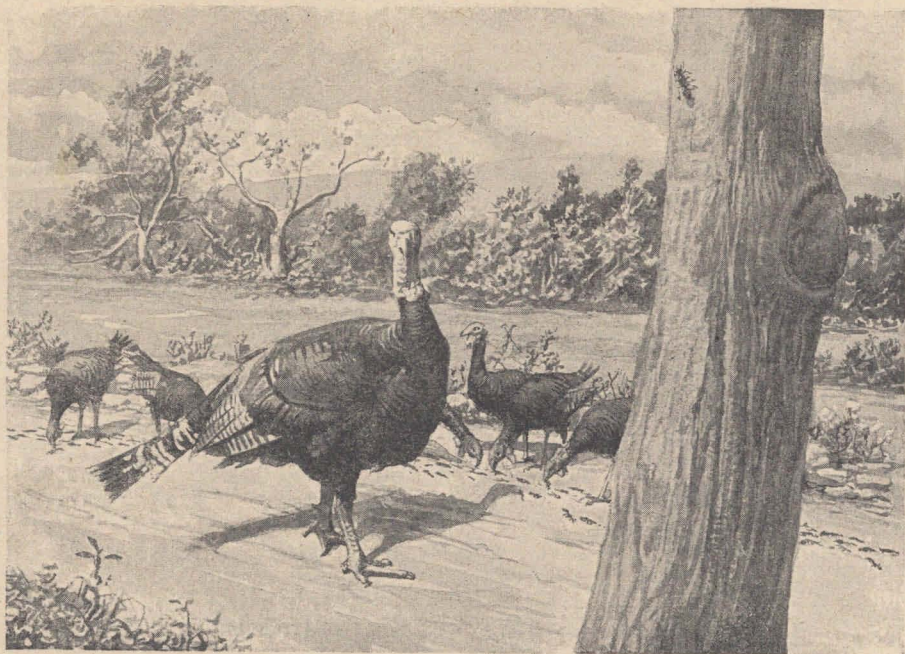
*El dolor ni los ayes es seguro
Que no remediarán el mal futuro.*

DEMETRIO Y MENANDRO

Demetrio el faleriano se apodera
De Atenas; y aunque fué con tiranía,
De agradable manera
Los del vulgo le aclaman a porfía.
Los grandes y los nobles distinguidos
Con fingido placer la mano besan
Que los tiene oprimidos.
Aun a los que en el ocio se embelesan,
Y a la poltrona gente
Los arrastra el temor al cumplimiento:
Con ellos ya Menandro juntamente,
Dramático escritor de gran talento,
Cuyas obras leyó sin conocerle
Demetrio. Con perfumes olorosos
Y pasos afectados entra: al verle

Llegar entre los tardos perezosos,
El nuevo arconte prorrumpió enojado:
«¿Con qué valor se pone en mi presencia
Ese hombre afeminado?»
«Señor—le respondió—la concurrencia—,
Es Menandro el autor.» Al punto muda
De semblante el tirano:
Al escritor saluda,
Y con grata expresión le da la mano.

*Si te falta el buen nombre,
Fabio, en vano presumes
Que en el mundo te tengan por grande
[hombre,
Sin más que por tus galas y perfumes.*



LA PAVA Y LA HORMIGA

Al salir con las yuntas
 Los criados de Pedro,
 El corral se dejaron
 De par en par abierto.
 Todos los pavipollos
 Con su madre se fueron,
 Aquí y allí picando
 Hasta el cercano otero.
 Muy contenta la pava
 Decía a sus polluelos:
 «Mirad, hijos, el rastro
 De un copioso hormiguero.
 Ea, comed hormigas,
 Y no tengáis recelo,
 Que yo también las como:
 Es un sabroso cebo.
 Picad, queridos míos:
 ¡Oh, qué días los nuestros,
 Si no hubiese en el mundo
 Malditos cocineros!
 Los hombres nos devoran,

Y todos nuestros cuerpos
 Humean en las mesas
 De nobles y plebeyos.
 A cualquier fiestecilla
 Ha de haber pavos muertos.
 ¡Qué pocas Navidades
 Contaron mis abuelos!
 ¡Oh glotones humanos,
 Cruels carniceros!»
 Mientras tanto una hormiga
 Se puso en salvamento
 Sobre un árbol vecino,
 Y gritó con denuedo:
 «¡Hola! conquie los hombres
 Son crueles, perversos:
 ¿Y qué seréis los pavos?
 ¡Ay de mí! ya lo veo:
 A mis tristes parientes,
 ¿Qué digo? a todo el pueblo
 Sólo por desayuno
 Os le vais engullendo.»

No respondió la pava
 Por no saber un cuento.
 Que era entonces del caso
 Y ahora viene a pelo.
 Un gusano roía
 Un grano de centeno;
 Viéronle las hormigas:
 ¡Qué gritos! ¡qué aspavientos!
 Aquí fué Troya (dicen):
 Muere, pícaro perro.
 Y ellas, ¿qué hacían? Nada:
 Robar todo el granero.

*Hombres, pavos, hormigas,
 Según estos ejemplos,
 Cada cual en su libro
 Esta moral tenemos.
 La falta leve en otro
 Es un pecado horrendo;
 Pero el delito propio
 No más que pasatiempo.*

LOS DOS TITIRITEROS

Todo el pueblo admirado
 Estaba en una plaza amontonado,
 Y en medio se empinaba un titerero
 Enseñando una bolsa sin dinero.
 «Pase de mano en mano—les decía—,
 Señores, no hay engaño, está vacía.»
 Se la vuelven, la sopla, y al momento
 Derrama pesos duros, ¡qué portento!
 Levántase un murmullo de repente,
 Cuando ven por encima de la gente
 Otro titiritero a competencia.
 Queda en expectación la concurrencia
 Con silencio profundo;
 Cesó el primero, y empezó el segundo.
 Presenta de licor unas botellas:
 Algunos se arrojaron hacia ellas,
 Y al punto las hallaron transformadas
 En sangrientas espadas.
 Muestra un par de bolsillos de doblones:
 Dos personas, sin duda dos ladrones,
 Les echaron la garra muy ufanos,
 Y se ven dos cordeles en sus manos.
 A un relator cargado de procesos
 Una letra le enseña de mil pesos.
 «Sople usted :» sopla el hombre apresurado,

Y le cierra los labios un candado.
 A un abate arrimado a su cortejo
 Le presenta un espejo,
 Y al mirar su retrato peregrino,
 Se vió con las orejas de pollino
 A un santero le manda
 Que se acerque: le pillla la demanda,
 Y allá con sus hechizos
 La convirtió en merienda de chorizos.
 A un joven desenvuelto y rozagante
 Le regala un diamante:
 Este le dió a su dama, y en el punto
 Pálido se quedó como un difunto:
 Item más, sin narices y sin dientes.
 Allí fué la rechilla de las gentes,
 La burla, y la chacota.
 El primer titerero se alborota.
 Dice por el segundo con denuedo:
 «Ese hombre tiene un diablo en cada dedo,
 Pues no encierran virtud tan peregrina
 Los polvos de la madre Celestina;
 Que declare su nombre.»
 El concurso lo pide, y el buen hombre
 Entonces más modesto que un novicio,
 Dijo: «No soy el diablo, sino el vicio.»





LA LECHERA

Llevaba en la cabeza
Una lechera el cántaro al mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que va diciendo a todo el que lo advierte:
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!

Porque no apetecía
Más compañía que su pensamiento,
Que alegre le ofrecía
Inocentes ideas de contento,
Marchaba sola la feliz lechera,
Y decía entre sí de esta manera:
«Esta leche vendida,
En limpio me dará tanto dinero;
Y con esta partida
Un canasto de huevos comprar quiero,
Para sacar cien pollos, que al estío
Me rodeen cantando el *pío, pío*.

»Del importe logrado
De tanto pollo, mercaré un cochino;
Con bellota, salvado,
Berza, castaña engordará sin tino,
Tanto que puede ser que yo consiga
El ver cómo le arrastra la barriga.

»Llevaré al mercado,

Sacaré de él sin duda buen dinero;
Compraré de contado
Una robusta vaca, y un ternero
Que salte y corra toda la campaña
Hasta el monte cercano a la cabaña.»

Con este pensamiento
Enajenada brinca de manera,
Que a su salto violento
El cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
¡Qué compasión! Adiós, leche, dinero,
Huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.

¡Oh loca fantasía,
Qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría,
No sea que saltando de contento,
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa
De mejor o más próspera fortuna,
Que vivirás ansiosa,
Sin que pueda saciarte cosa alguna.

*No anheles impaciente el bien futuro,
Mira que ni el presente está seguro.*

EL PARTO DE LOS MONTES

Con varios ademanes horriblos
 Los montes de parir dieron señales:
 Consintieron los hombres temerosos
 Ver nacer los abortos más fatales.
 Después que con bramidos espantosos
 Infundieron pavor a los mortales,
 Estos montes, que al mundo estremecieron,
 Un ratoncillo fué lo que parieron.

*Hay autores que, en voces misteriosas,
 Estilo fanfarrón y campanudo,
 Nos anuncian ideas portentosas;
 Pero suele a menudo
 Ser el gran parto de su pensamiento
 Después de tanto ruido, sólo viento.*



EL ASNO Y EL CABALLO

Iban, mas no sé adónde ciertamente,
 Un caballo y un asno juntamente:
 Éste cargado, pero aquél sin carga.
 El grave peso, la carrera larga,
 Causaron al borrico tal fatiga,
 Que la necesidad misma le obliga
 A dar en tierra. «Amigo compañero,
 No puedo más—decía—: yo me muero:
 Repartamos la carga, y será poca;
 Si no, se me va el alma por la boca.»
 Dice el otro: «Revienta en hora buena:
 ¿Por eso he de sufrir la carga ajena?

Gran bestia seré yo, si tal hiciere.
 Miren y qué borrico se me muere.»
 Tan justamente se quejó el jumento,
 Que expiró el infeliz en el momento.
 El caballo conoce su pecado,
 Pues tuvo que llevar mal de su grado
 Los fardos y aparejos todo junto;
 Item más, el pellejo del difunto.

*Juan, alivia en sus penas al vecino;
 Y él, cuando tú las tengas, déte ayuda;
 Si no lo hacéis así, temed sin duda
 Que seréis el caballo y el pollino.*

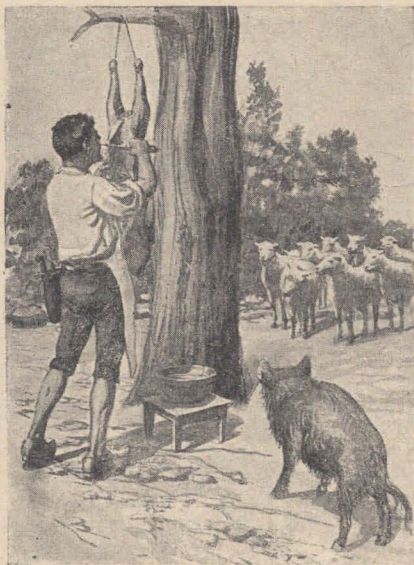
LAS HORMIGAS



Lo que hoy las hormigas son,
 Eran los hombres antaño:
 De lo propio y de lo extraño
 Hacían su provisión.
 Júpiter, que tal pasión
 Notó de siglos atrás,
 No pudiendo aguantar más,
 En hormigas los transforma.

*Ellos mudaron de forma:
 ¿Y de costumbres? Jamás.*

EL JABALÍ Y EL CARNERO



De la rama de un árbol un carnero
Degollado pendía:

En él a sangre fría
Cortaba el remangado carnicero.

El rebaño inocente,
Que el trágico espectáculo miraba,
De miedo ni pacía, ni balaba.

Un jabalí gritó: «Cobarde gente,
Que miráis la carnívora matanza,
¿Cómo no os vengáis del enemigo?»
«Tendrá—dijo un carnero—su castigo;
Mas no de nuestra parte la venganza.

La piel, que arranca con sus propias
[manos,

Sirve para los pleitos y la guerra,
Las dos mayores plagas de la tierra,
Que afligen a los míseros humanos.

Apenas nos desuellan, se destina
Para hacer pergaminos y tambores:

*Mira cómo los hombres malhechores
Labran en su maldad su propia ruina.»*

EL HOMBRE Y LA COMADREJA

Así decía cierta comadreja
A un hombre que la había aprisionado:
«¿Por qué no me dejáis? ¿Os he yo dado
Motivo de disgusto, ni de queja?

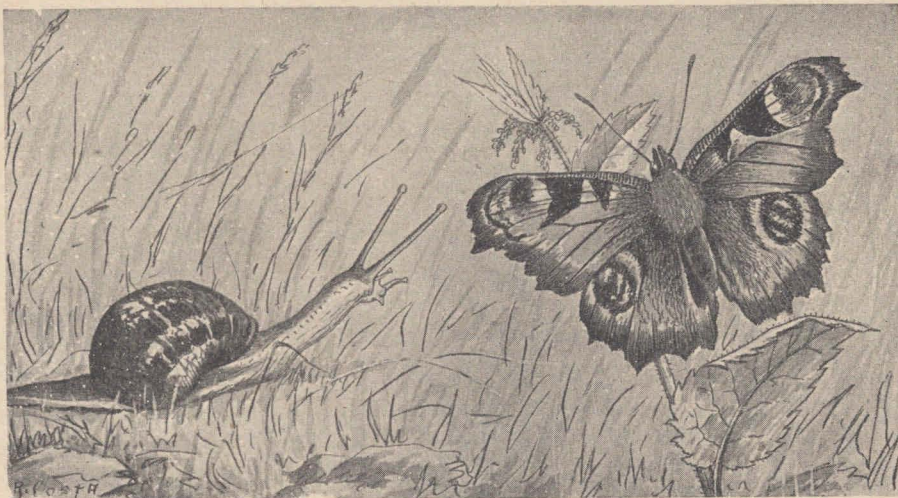
¿No soy la que desvanes y rincones,
Tu casa toda, cual si fuese mía,
Cuidadosa registro noche y día,
Para que vivas libre de ratones?»

«¡Gran fineza por cierto!—
El hombre respondió—: pues di, ladrona,
Si tu glotonería no perdona
Ni a ratón vivo, ni a cochino muerto,

Ni a cuanto guardan ruines despenseras,
¿Cómo he de creer que tu cuidado apura
Por mi bien los ratones? ¡Qué locura!
No tendría yo malas tragaderas:

Morirás. Y el astuto que pretenda
Vender como fineza lo que ha hecho
Sin mirar a más fin que a su provecho,
Sabrá que hay en el mundo quien lo
[entienda.»





LA MARIPOSA Y EL CARACOL

Aunque te haya elevado la fortuna
Desde el polvo a los cuernos de la luna,
Si hablas, Fabio, al humilde con desprecio,
Tanto como eres grande, serás necio.
¡Qué! ¿te irritas? ¿te ofende mi lenguaje?
No se habla de ese modo a un personaje.
Pues haz cuenta, señor, que no me oíste,
Y escucha a un caracol: vaya de chiste:

En un bello jardín cierta mañana
Se puso muy ufana
Sobre la blanca rosa
Una recién nacida mariposa.
El sol resplandeciente
Desde su claro oriente
Los rayos esparecía:
Ella, a su luz, las alas extendía,
Sólo porque envidiasen sus colores
Manchadas aves y pintadas flores.
Esta vana, preciada de belleza,
Al volver la cabeza
Vió muy cerca de sí sobre una rama
A un pardo caracol. La bella dama
Irritada exclamó: «¿Cómo, grosero,
A mi lado te acercas? Jardinero,
¿De qué sirve que tengas con cuidado
El jardín cultivado,
Y guarde tu desvelo
La rica fruta del rigor del hielo,

Y los tiernos botones de las plantas,
Si ensucia y come todo cuanto plantas,
Este vil caracol de baja esfera?
O mátale al instante, o vaya fuera.»

«Quien ahora te oyese,
Si no te conociese—
Respondió el caracol—, en mi conciencia
Que pudiera temblar en tu presencia.
Mas dime, miserable criatura,
Que acabas de salir de la basura,
¿Puedes negar que aun no hace cuatro días
Que gustosa solías,
Como humilde reptil andar conmigo,
Y yo te hacía honor en ser tu amigo?
¿No es también evidente,
Que eres por línea recta descendiente
De los orugas, pobres hilanderos,
Que mirándose en cueros,
De sus tripas hilaban y tejían
Un fardo, en que en invierno se metían,
Como tú te has metido,
Y aun no hace cuatro días que has salido?
Pues si éste fué tu origen y tu casa,
¿Por qué tu ventolera se propasa
A despreciar a un caracol honrado?»

*El que tiene de vidrio su tejado,
Esto logra de bueno
Con tirar las pedradas al ajeno.*

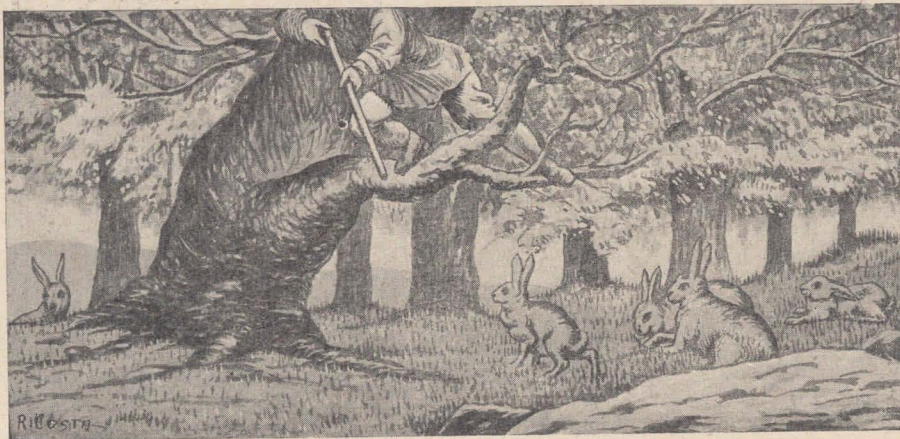
LOS ANIMALES CON PESTE

En los montes, los valles y collados
De animales poblados,
Se introdujo la peste de tal modo,
Que en un momento lo inficiona todo.
Allí donde su corte el león tenía,
Mirando cada día
Las cacerías, luchas y carreras
De mansos brutos y de bestias fieras,
Se veían los campos ya cubiertos
De enfermos miserables, y de muertos.
«Mis amados hermanos—
Exclamó el triste rey—, mis cortesanos,
Ya veis que el justo Cielo nos obliga
A implorar su piedad, pues nos castiga
Con tan horrenda plaga:
Tal vez se aplacará con que se le haga
Sacrificio de aquel más delincuente,
Y muera el pecador, no el inocente
Confiese todo el mundo su pecado:
Yo, cruel, sanguinario, he devorado
Inocentes corderos,
Ya vacas, ya terneros,
Y he sido a fuerza de delito tanto,
De la selva terror, del bosque espanto.»
«Señor—dijo la zorra—, en todo eso
No se halla más exceso
Que el de vuestra bondad, pues que se digna
De teñir en la sangre ruín, indigna,

De los viles cornudos animales,
Los sacros dientes, y las uñas reales.»
Trató la corte al rey de escrupuloso.
Allí del tigre, de la onza, y oso
Se oyeron confesiones
De robos y de muertes a millones;
Mas entre la grandeza, sin lisonja,
Pasaron por escrúpulos de monja.
El asno, sin embargo, muy confuso
Prorrumpió: «Yo me acuso
Que al pasar por un trigo este verano,
Yo hambriento, y él lozano,
Sin guarda ni testigo,
Caí en la tentación; comí del trigo.»
«¡Del trigo! ¡y un jumento!»
Gritó la zorra—¡horrible atrevimiento!»
Los cortesanos claman: «Este, éste
Irrita al Cielo, que nos da la peste.»
Pronuncia el rey de muerte la sentencia;
Y ejecutóla el lobo a su presencia.

*Te juzgarán virtuoso,
Si eres, aunque perverso, poderoso;
Y aunque bueno, por malo detestable,
Cuando te miran pobre y miserable.
Esto hallará en la corte, quien la vea;
Y aun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!*





EL CAZADOR Y LOS CONEJOS

Poco antes que esparciese
Sus cabellos en hebras
El rubicundo Apolo
Por la faz de la tierra,
De cazador armado
Al soto Fabio llega.
Por el nudoso tronco
De cierta encina vieja
Sube, para ocultarse
En las ramas espesas.
Los incautos conejos
Alegres se le acercan:
Uno del verde prado

Igualaba la hierba;
Otro, cual jardinero,
Las florecillas siega:
El tomillo y romero
Este y aquél cercenan.
Entre tanto al más gordo
Fabio su tiro asesta:
Dispara, y al estruendo
Se meten en sus cuevas
Tan repentinamente,
Que a muchos pareciera
Que, salvo el muerto, a

[todos

Se los tragó la tierra.
¿Después de tal espanto
Habrà alguno que crea
Que de allí a poco rato
La tímida caterva,
Olvidando el peligro,
Al riesgo se presenta?

*Cosa extraña parece;
Mas no se admiren de ella:
¿Acaso los humanos
Hacen de otra manera?*

EL MURCIÉLAGO Y LA COMADREJA

Cayó sin saber cómo
Un murciélago a tierra.
Al instante le atrapa
La lista comadreja.
Clamaba el desdichado
Viendo su muerte cerca.
Ella le dice: «Muere,
Que por naturaleza
Soy mortal enemiga
De todo cuanto vuela.»
El avechucho grita,
Y mil veces protesta
Que él es ratón, cual todos

Los de su descendencia.
Con esto (¡qué fortuna!)
El preso se liberta.
Pasado cierto tiempo,
No sé de qué manera,
Segunda vez le pilló;
El nuevamente ruega;
Mas ella le responde
Que Júpiter la ordena
Tenga paz con las aves,
Con los ratones guerra.
«¿Soy yo ratón acaso?
Yo creo que estás ciega.

¿Quieres ver cómo vuelo?»
En efecto, le deja,
Y a merced de su ingenio
Libre el pájaro vuela.

*Aquí aprendió de Esojo
La gente marinera,
Murciélagos que fingen
Pasaporte y bandera.
No importa que haya pocos
Ingleses comadreas:
Tal vez puede de un riesgo
Sacarnos una treta.*



LAS DOS RANAS

Tenían dos ranas
Sus pastos vecinos;
Una en un estanque,
Otra en un camino.
Cierta día a ésta
Aquella le dijo:
«¿Es creíble, amiga,
De tu mucho juicio,
Que vivas contenta
Entre los peligros
Donde te amenazan,
Al paso preciso,
Los pies y las ruedas,
Riesgos infinitos?
Deja tal vivienda,
Muda de destino:
Sigue mi dictamen,

Y vente conmigo.»
En tono de mofa,
Haciendo mil mimos,
Respondió a su amiga:
«¡Excelente aviso!
¡A mí novedades!
¡Vaya, qué delirio!
Eso sí que fuera
Darme el diablo ruido.
¡Yo dejar la casa,
Que fué domicilio
De padres, abuelos
Y todos los míos,
Sin que haya memoria
De haber sucedido
La menor desgracia
Desde luengos siglos!»

«Allá te compongas:
Mas ten entendido.
Que tal vez sucede
Lo que no se ha visto.»
Llegó una carreta
A este tiempo mismo.
Y a la triste rana
Tortilla la hizo.

*Por hombres de seso
Muchos hay tenidos
Que a nuevas razones
Cierran los oídos.
Recibir consejos
Es un desvario:
La rancia costumbre
Suele ser su libro.*



EL PÁJARO HERIDO DE UNA FLECHA

Un pájaro inocente
Herido de una flecha
Guarnecida de acero
Y de plumas ligeras,
Decía en su lenguaje
Con amargas querellas:
«¡Oh crueles humanos,
Más crueles que fieras!

Con nuestras propias alas,
Que la Naturaleza
Nos dió, sin otras armas
Para propia defensa,
Forjáis el instrumento
De la desdicha nuestra,
Haciendo que inocentes
Prestemos la materia.

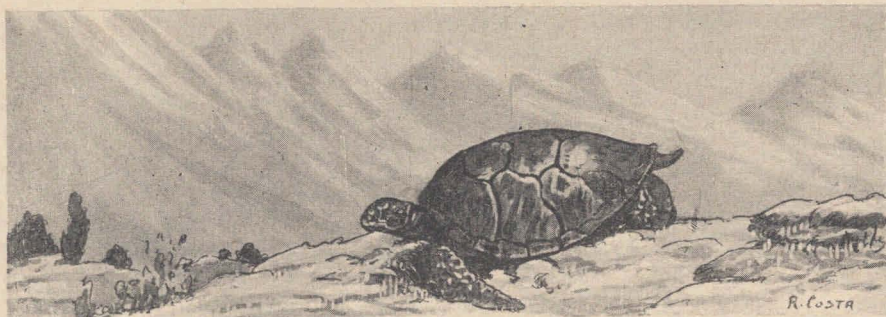
Pero no, no es extraño
Que así bárbaros sean
Aquellos que en su ruina
Trabajan y no cesan.
Los unos y otros fraguan
Armas para la guerra,
Y es dar contra sus vidas
Plumas para las flechas.»

EL ASNO Y LAS RANAS

Muy cargado de leña un burro viejo,
Triste almacén de huesos y pellejo,
Pensativo, según lo cabizbajo,
Caminaba llevando con trabajo
Su débil fuerza la pesada carga.
El paso tardo, la carrera larga;
Todo al fin contra el misero se empeña,
El camino, los años y la leña.
Entra en una laguna el desdichado,
Queda profundamente empantanado.
Viéndose de aquel modo,
Cubierto de agua y lodo,
Trocando lo sufrido en impaciente,
Contra el destino dijo neciamente
Expresiones ajenas de sus canas;
Mas las vecinas ranas,
Al oír sus lamentos y quejidos,
Las unas se tapaban los oídos,
Las otras, que prudentes le escuchaban,
Repudianle así, y aconsejaban:

«Aprenda el mal jumento
A tener sufrimiento,
Que entre las que habitamos la laguna,
Ha de encontrar lección muy oportuna.
Por Júpiter estamos condenadas
A vivir sin remedio encenagadas
En agua detenida, lodo espeso;
Y a más de todo eso,
Aquí perpetuamente nos encierra,
Sin esperanza de correr la tierra,
Cruzar el anchuroso mar profundo,
Ni aun saber lo que pasa por el mundo.
Mas llevamos a bien nuestro destino,
Y así nos premia Júpiter divino,
Repartiendo entre todas cada día
La salud, el sustento y alegría.»

*Es de suma importancia
Tener en los trabajos tolerancia,
Pues la impaciencia en la contraria suerte
Es un mal más amargo que la muerte.*



LA TORTUGA Y EL ÁGUILA

Una tortuga a una águila rogaba
Le enseñase a volar; así le hablaba:
«Con sólo que me des cuatro lecciones,
Ligera volaré por las regiones:
Ya remontando el vuelo
Por medio de los aires hasta el cielo,
Veré cercano al sol y las estrellas,
Y otras cien cosas bellas,
Ya rápida bajando,
De ciudad en ciudad iré pasando;
Y de este fácil delicioso modo
Lograré en pocos días verlo todo.»

La águila se rió del desatino:
Le aconseja que siga su destino,
Cazando torpemente con paciencia,
Pues lo dispuso así la Providencia.
Ella insiste en su antojo ciegamente.
La reina de las aves prontamente
La arrebató, la lleva por las nubes:
«Mira—le dice—, mira cómo subes.»
Y al remontarla dijo: «¿Vas contenta?»
Se la deja caer, y se revienta.

*Para que así escarmiente
Quien desprecia el consejo del prudente.*



EL GALLO Y EL ZORRO

Un gallo muy maduro,
De edad provecta, duros espolones,
Pacífico, y seguro
Sobre un árbol, oía las razones
De un zorro muy cortés y muy atento,
Más elocuente cuanto más hambriento.

«Hermano—le decía—,
Ya cesó entre nosotros una guerra,
Que cruel repartía
Sangre y plumas al viento y a la tierra:
Baja, daré para perpetuo sello
Mis amorosos brazos a tu cuello.»

«Amigo de mi alma—
Responde el gallo—, ¡qué placer inmenso
En deliciosa calma
Deja esta vez mi espíritu suspenso!
Allá bajo, allá voy tierno y ansioso
A gozar en tu seno mi reposo;

Pero aguarda un instante,
Porque vienen ligeros como el viento,
Y ya están adelante,
Dos correos que llegan al momento,
De esta noticia portadores fieles,
Y son, según la traza, dos lebreles.»

«Adiós, adiós, amigo—
Dijo el zorro—, que estoy muy ocupado;
Luego hablaré contigo
Para finalizar este tratado.»
El gallo se quedó lleno de gloria,
Cantando en esta letra su victoria:

*Siempre trabaja en su daño
El astuto engañador:
A un engaño hay otro engaño,
A un pícaro otro mayor.*

EL CABALLO Y EL CIERVO

Perseguía un caballo vengativo
A un ciervo que le hizo leve ofensa;
Mas hallaba segura la defensa
En su veloz carrera el fugitivo.

El vengador, perdida la esperanza
De alcanzarle, y lograr así su intento,
Al hombre le pidió su valimiento
Para tomar del ofensor venganza.

Consiente el hombre; y el caballo airado
Sale con su jinete a la campaña,
Corre con dirección, sigue con maña,
Y queda al fin del ofensor vengado.

Muéstrase al bienhechor agradecido;
Quiere marcharse libre de su peso;

Mas desde entonces mismo quedó preso,
Y eternamente al hombre sometido.

El caballo, que suelto y rozagante,
En el frondoso bosque y prado ameno
Su libertad gozaba tan de lleno,
Padece sujeción desde ese instante.

Oprimido del yugo ara la tierra;
Pasa tal vez la vida más amarga;
Sufre la silla, freno, espuela, carga,
Y aguanta los horrores de la guerra.
En fin, perdió la libertad amable
por vengar una ofensa solamente:

*Tales los frutos son, que ciertamente
Produce la venganza detestable.*

EL CORDERO Y EL LOBO

Uno de los corderos mamantones,
Que para los glotonos
Se crían sin salir jamás al prado,
Estando en la cabaña muy cerrado,
Vió por una rendija de la puerta
Que el caballero lobo estaba alerta,
En silencio esperando astutamente
Una calva ocasión de echarle el diente.
Mas él, que bien seguro se miraba,
Así lo provocaba:
«Sepa usted, seor lobo, que estoy preso,
Porque sabe el pastor que soy travieso;
Mas si él no fuese bobo,
No habría ya en el mundo ningún lobo;
Pues yo corriendo libre por los cerros,
Sin pastores ni perros,
Con sola mi pujanza y valentía
Contigo y con tu raza acabaría.»
«¡Adiós—exclamó el lobo—mi esperanza
De regalar a mi vacía panza!
Cuando este miserable me provoca,
Es señal de que se halla de mi boca
Tan libre como el cielo de ladrones.»

*Así son los cobardes fanfarrones,
Que se hacen en los puestos ventajosos
Más valentones, cuanto más medrosos.*



EL LOBO Y LA CIGÜEÑA



Sin duda alguna que se hubiera ahogado
Un lobo con un hueso atragantado,
Si a la sazón no pasa una cigüeña.
El paciente la ve, hácela seña;
Llega, y ejecutiva
Con su pico, jeringa primitiva,
Cual diestro cirujano,
Hizo la operación, y quedó sano.
Su salario pedía,
Pero el ingrato lobo respondía:
«¿Tu salario? ¿Pues qué más recompensa
Que el no haberte causado leve ofensa,
Y dejarte vivir para que cuentes
Que pusiste tu vida entre mis dientes?»
Marchó por evitar una desdicha
Sin decir tus ni mus la susodicha.

*Haz bien, dice el proverbio castellano,
Y no sepas a quién; pero es muy llano,
Que no tiene razón ni por asomo:
Es menester saber a quién y cómo.
El ejemplo siguiente
Nos hará esta verdad más evidente.*



El Hombre y la Culebra

A una culebra que, de frío yerta
En el suelo yacía medio muerta,
Un labrador cogió; mas fué tan bueno,
Que incautamente la abrigó en su seno.
Apenas revivió, cuando la ingrata
A su gran bienhechor traidora mata.

El Hombre y la Pulga

Oye, Júpiter sumo, mis querellas,
Y haz, disparando rayos y centellas,
Que muera este animal vil y tirano,
Plaga fatal para el linaje humano;
Y si vos no lo hacéis, Hércules sea
Quien acabe con él y su ralea.
Este es un hombre que a los dioses clama,
Porque una pulga le picó en la cama;
Y es justo, ya que el pobre se fatiga,
Que de Júpiter y Hércules consiga,
De éste, que viva despulgando sayos;
De aquél, matando pulgas con sus rayos.

*Tenemos en el Cielo los mortales
Recurso en las desdichas y en los males;
Mas se suele abusar frecuentemente,
Por lograr un antojo impertinente.*



El Milano enfermo

Un milano, después de haber vivido
Con la conciencia peor que un forajido,
Enfermó gravemente.
Supuesto que el paciente
Ni a Galeno, ni a Hipócrates leía,
A bulto conoció que se moría.
A los dioses desea ver propicios,
Y ofrecerles entonces sacrificios
Por medio de su madre, que afligida,
Rogaría sin duda por su vida.
Mas ésta le responde: «Desdichado,
¿Cómo podré alcanzar para un malvado
De los dioses clemencia,
Si en vez de darles culto y reverencia,
Ni aun perdonaste a víctima sagrada
En las aras divinas inmolada?»

*Así queremos irritando al Cielo,
Que en la tribulación nos dé consuelo.*

EL MILANO Y LAS PALOMAS

A las tristes palomas un milano,
Sin poderlas pillar, seguía en vano;
Mas él a todas horas
Servía de lacayo a estas señoras.
Un día, en fin, hambriento e ingenioso,
Así las dice: «¿Amáis vuestro reposo,
Vuestra seguridad y conveniencia?
Pues creedme en mi conciencia:
En lugar de ser yo vuestro enemigo,
Desde ahora me obligo,
Si la banda por rey me aclama luego,
A tenerla en sosiego,
Sin que de garra o pico tema agravio,
Pues tocante a la paz seré un Octavio.»
Las sencillas palomas consintieron:
Aclámanlo por rey: «¡Viva—dijeron—,
Nuestro rey el milano!»
Sin esperar a más este tirano,
Sobre un vasallo mísero se planta:
Déjalo con el viva en la garganta;
Y continuando así sus tiranías,
Acabó con el reino en cuatro días.

*Quien al poder se acoja de un malvado,
Será, en vez de feliz, un desdichado.*



LA ZORRA Y LA GALLINA



Una zorra cazando,
De corral en corral iba saltando;
A favor de la noche en una aldea
Oye al gallo cantar: maldito sea.
Agachada, y sin ruido,
A merced del olfato y del oído,
Marcha, llega, y oliendo a un agujero,
«Este es», dice; y se cuela al gallinero.
Las aves se alborotan, menos una,
Que estaba en cesta como niño en cuna,
Enferma gravemente.
Mirándola la zorra astutamente,
Le pregunta: «¿Qué es eso, pobrecita?
¿Cuál es tu enfermedad? ¿tienes pepita?
Habla: ¿cómo lo pasas, desdichada?»
La enferma le responde apresurada:
«Muy mal me va, señora, en este instante;
Muy bien, si usted se quita de delante.»

*¡Cuántas veces se vende un enemigo,
Como gato por liebre, por amigo!
Al oír su fingido cumplimiento,
Respondiérale yo para escarmiento:
Muy mal me va, señor, en este instante;
Muy bien, si usted se quita de delante.*

EL LEÓN Y LA CABRA



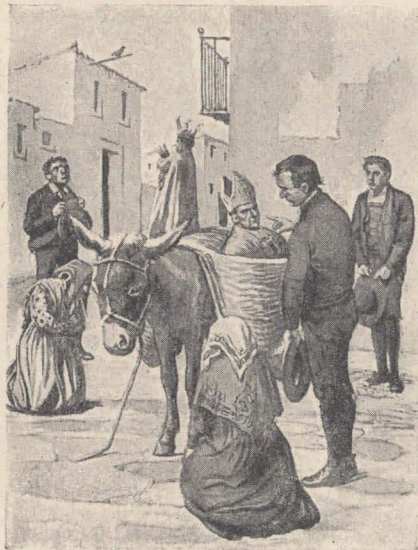
Un señor león andaba, como un perro,
Del valle al monte, de la selva al cerro,
A caza, sin hallar pelo ni lana,
Perdiendo la paciencia y la mañana.
Por un risco escarpado
Ve trepar a una cabra a lo encumbrado,
De modo que parece que se empeña
En hacer creer al león que se despeña.
El pretender seguirla fuera en vano:
El cazador entonces cortésano
Le dice: «Baja, baja, mi querida:
No busques precipicios a tu vida.
En el valle frondoso
Pacerás a mi lado con reposo.»
«¿Desde cuándo, señor, la real persona
Cuida con tanto amor de la barbona?
Esos halagos tiernos
No son por bien, apostaré los cuernos.»
Así le respondió la astuta cabra;
Y el león se fué sin replicar palabra.

*Lo paga la infeliz con el pellejo,
Si toma sin examen el consejo.*

EL ASNO CARGADO DE RELIQUIAS

De reliquias cargado,
Un asno recibía adoraciones,
Como si a él se hubiesen consagrado
Reverencias, inciensos y oraciones.
En lo vano, lo grave y lo severo
Que se manifestaba,
Hubo quien conoció que se engañaba,
Y le dijo: «Yo infiero
De vuestra vanidad vuestra locura;
El reverente culto que procura
Tributar cada cual este momento
No es dirigido a vos, señor jumento,
Que sólo va en honor, aunque lo sientas,
De la sagrada carga que sustentas.»

*Cuando un hombre sin mérito estuviere
En elevado empleo o gran riqueza,
Y se ensoberbeciere,
Porque todos le bajan la cabeza,
Para que su locura no prosiga,
Tema encontrar tal vez con quien le diga:
«Señor jumento, no se engría tanto;
Que si besan la peana, es por el santo.»*



EL LEÓN Y EL RATÓN

Estaba un ratoncillo aprisionado
 En las garras de un león: el desdichado
 En la tal ratonera no fué preso
 Por ladrón de tocino ni de queso,
 Sino porque con otros molestaba.
 Al león que en su retiro descansaba.
 Pide perdón llorando su insolencia;
 Al oír implorar la real clemencia,
 Responde el rey en majestuoso tono
 (No dijera más Tito): «Te perdono.»
 Poco después cazando el león, tropieza
 En una red oculta en la maleza;
 Quiere salir, mas queda prisionero:
 Atronando la selva, ruge fiero.
 El libre ratoncillo que lo siente,
 Corriendo llega, roe diligente
 Los nudos de la red, de tal manera,
 Que al fin rompió los grillos de la fiera.

*Conviene al poderoso
 Para los infelices ser piadoso;
 Tal vez se puede ver necesitado
 Del auxilio de aquel más desdichado.*



EL ASNO VESTIDO DE LEÓN



Un asno disfrazado
 Con una grande piel de león andaba;
 Por su temible aspecto casi estaba
 Desierto el bosque, solitario el prado.
 Pero quiso el destino,
 Que le llegase a ver desde el molino
 La punta de una oreja el molinero.
 Armado entonces de un garrote fiero,
 Dale de palos, llévalo a su casa;
 Divúlgase al contorno lo que pasa.
 Llegan todos a ver en el instante
 Al que habían temido león reinante,
 Y haciendo mofa de su idea necia,
 Quien más le respetó, más le desprecia.

*Desde que oí del asno contar esto,
 Dos ochavos apuesto,
 Si es que Pedro Fernández no se deja
 De andar con el disfraz de caballero,
 A vueltas del vestido y el sombrero,
 Que le han de ver la punta de la oreja.*

EL CHIVO AFEITADO

«Vaya una quisicosa.
Si aciertas, Juana hermosa,
Cuál es el animal más presumido,
Que rabia por hacerse distinguido
Entre sus semejantes,
Te he de regalar un par de guantes.
No es el pavón, ni el gallo,
Ni el león, ni el caballo,
Y así no me fatigues con demandas.»
«Será tal vez... el mono?» «Cerca le
[andas.]»

«¿El mico?» «Que te quemas:
Pero no acertarás; no, no lo temas:
Déjalo, no te canses el caletre.
Yo te diré cuál es: el *Petimetre*.
Este vano orgulloso
Pierde tiempo, doblones y reposo
En hacer distinguida su figura.
No para en los adornos su locura:
Hace estudio de gestos y de acciones
A costa de violentas contorsiones.
De perfumes va siempre prevenido:
No quiere oler a hombre ni en descuido.
Que mire, marche o hable,
En todo busca hacerse *remarcable*.
¿Y qué consigue? Lo que todo necio:
Cuanto más se distingue, más desprecio.
En la historia siguiente yo me fundo:

Un chivo, como muchos en el mundo
Vano extremadamente,
Se miraba al espejo de una fuente.
«¿Qué lástima—decía—
Que esté mi juventud y lozanía
Por siempre disfrazada
Debajo de esta barba tan poblada!
¿Y cuándo? Cuando en todas las naciones
No tienen ni aun bigotes los varones;
Pues ya cuentan que son los moscovitas,
Si barbones ayer, hoy señoritas.
¡Qué cabrunos estilos tan groseros!
¡A bien que estoy en tierra de barberos!»
La historia fué en Tetuán, y todo el día
La barberil guitarra se sentía:
El chivo fué guiado de su tono
A la tienda de un mono
Barberillo afamado,
Que afeitó al señorito de contado.
Sale barbilampiño a la campaña;
Al ver una figura tan extraña,
No hubo perro ni gato
Que no le hiciese burla al mentecato.
Los chivos le desprecian, de manera
Que no hay más que decir: ¡Quién lo
[creyera]!

Un respetable macho
Dicen que se rió como un muchacho.





EL FILÓSOFO Y LA PULGA

Meditando a sus solas cierto día
Un pensador filósofo, decía:
«El jardín adornado de mil flores,
Y diferentes árboles mayores,
Con su fruta sabrosa enriquecidos,
Tal vez entretejidos
Con la frondosa vid que se derrama
Por una y otra rama,
Mostrando a todos lados
Las peras y racimos desgajados,
Es cosa destinada solamente
Para que la disfruten libremente
La oruga, el caracol, la mariposa:
No se persuaden ellos otra cosa.

»Los pájaros sin cuento,
Burlándose del viento,
Por los aires sin dueño van girando.
El milano cazando
Saca la consecuencia:
Para mí los crió la Providencia.
El cangrejo, en la playa envanecido,
Mira los anchos mares, persuadido
A que las olas tienen por empleo
Sólo satisfacerle su deseo,
Pues cree que van y vienen tantas veces
Por dejarle en la orilla ciertos peces.
No hay—prosigue el filósofo profundo—,
Animal sin orgullo en este mundo:
El hombre solamente
Puede en esto alabarse justamente.

»Cuando yo me contemplo colocado
En la cima de un risco agigantado,
Imagino que sirve a mi persona
Todo el cóncavo cielo de corona.
Veo a mis pies los mares espaciosos,
Y los bosques umbrosos
Poblados de animales diferentes;
Las escamosas gentes,
Los brutos, y las fieras
Y las aves ligeras,
Y cuanto tiene aliento
En la tierra, en el agua y en el viento;
Y digo finalmente: Todo es mío;
¡Oh grandeza del hombre y poderío!»

Una pulga que oyó con gran cachaza
Al filósofo maza,
Dijo: «Cuando me miro en tus narices,
Como tú sobre el risco que nos dices,
Y contemplo a mis pies aquel instante
Nada menos que al hombre dominante,
Que manda en cuanto encierra
El agua, viento y tierra,
Y que el tal poderoso caballero
De alimento me sirve cuando quiero;
Concluyo finalmente: Todo es mío;
¡Oh grandeza de pulga y poderío!»
Así dijo; y saltando, se le ausenta.

*De este modo se afrenta
Aun al más poderoso,
Cuando se muestra vano y orgulloso.*

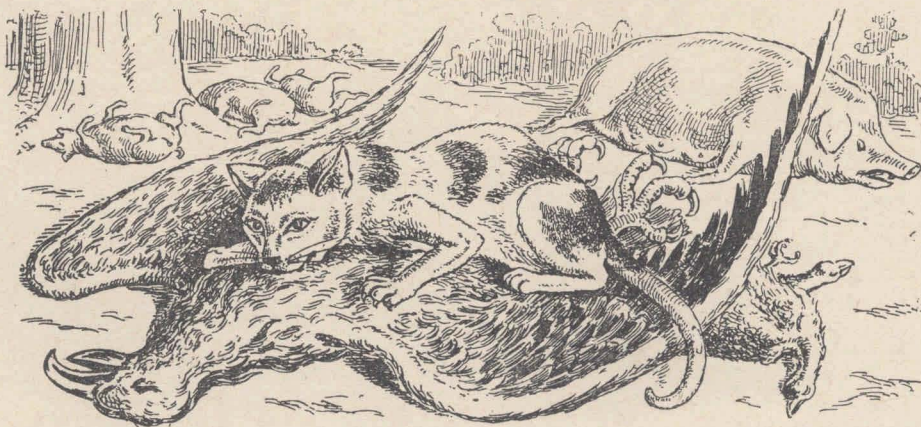


EL ÁGUILA, LA GATA Y LA JABALINA

Una águila anidó sobre una encina.
 Al pie criaba cierta jabalina,
 Y era un hueco del tronco corpulento
 De una gata y sus crías aposento.
 Esta gran marrullera
 Sube al nido del águila altanera,
 Y con fingidas lágrimas la dice:
 «¡Ay misera de mí! ¡ay infelice!
 Este sí que es trabajo:
 La vecina que habita el cuarto bajo,
 Como tú misma ves, el día pasa
 Hozando los cimientos de la casa:
 La arruinará; y en viendo la traidora
 Por tierra a nuestros hijos, los devora.»
 Después que dejó al águila asustada,
 A la cueva se baja de callada,
 Y dice a la cerdosa: «Buena amiga,

Has de saber que el águila enemiga,
 Cuando saques tus crías hacia el monte,
 Las ha de devorar: así, disponte.»
 La gata, aparentando que temía,
 Se retiró a su cuarto, y no salía
 Sino de noche, que con maña astuta
 Abastecía su pequeña gruta.
 La jabalina, con tan triste nueva
 No salió de su cueva.
 El águila en el ramaje temerosa,
 Haciendo centinela no reposa.
 En fin, a ambas familias la hambre mata,
 Y de ellas hizo víveres la gata.

*¡Jóvenes, ojo alerta, gran cuidado!
 Que un chismoso en amigo disfrazado,
 Con capa de amistad cubre sus trazas,
 Y así causan el mal sus añagazas.*





EL RAPOSO, LA MUJER Y EL CALLO

Con las orejas gachas,
Y la cola entre piernas,
Se llevaba un raposo
Un gallo de la aldea.
Muchas gracias al alba,
Que pudo ver la fiesta
Al salir de su casa
Juana la madruguera.
Como una loca grita:
«Vecinos, que le lleva:
Que es el mío, vecinos.»

Oye el gallo las quejas,
Y le dice al raposo:
«Dile, que no nos mienta,
Que soy tuyo y muy
[tuyo.]»

Volviendo la cabeza
Le responde el raposo:
«¿Oyes, gran embustera?
No es tuyo, sino mío:
El mismo lo confiesa.»
Mientras esto decía,

El gallo libre vuela,
Y en la copa de un árbol
Canta que se las pela.
El raposo burlado
Huyó: ¡quién lo creyera!

*Yo, pues, a más de cuatro,
Muy zorros en sus tretas,
Por hablar a destiempo,
Los vi perder la presa.*

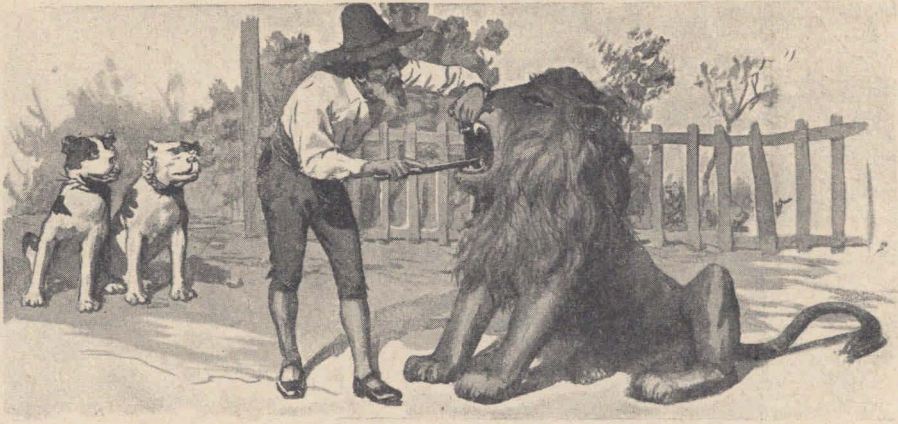
Batalla de las Comadrejas y los Ratones

Vencidos los ratones,
Huían con presteza
De una atroz enemiga
Tropa de comadrejas.
Marchaban con desorden,
Que cuando el miedo reina,
Es la confusión sola
El jefe que gobierna.
Llegaron presurosos
A sus angostas cuevas,
Logrando los soldados
Entrar a duras penas;

Pero los capitanes,
Que en las estrechas
[puertas
Quedaron atascados
Sin ninguna defensa,
A causa de unos cuernos
Puestos en las cabezas
Para ser de sus tropas
Vistos en la refriega,
Fueron las desdichadas
Víctimas de la guerra,
Haciendo de sus cuerpos

Pasto las comadrejas.

*¡Cuántas veces los
[hombres
Distinciones anhelan,
Y suelen ser la causa
De sus desdichas ellas!
Si Júpiter dispara
Sus rayos a la tierra,
Antes que a las cabañas,
A los palacios y a las torres
[llegan.*



EL LEÓN ENAMORADO

Amaba un león a una zagala hermosa: Consiente el manso león enamorado,
 Pidióla por esposa Y el buen hombre le deja desarmado.
 A su padre, pastor, urbanamente, Da luego su silbido:
 El hombre temeroso, mas prudente, Llegan el *Matalobos* y *Atrevido*,
 Le respondió: «Señor, en mi conciencia, Perros de su cabaña; de esta suerte
 Que la muchacha logra conveniencia; Al indefenso león dieron la muerte.
 Pero la pobrecita, acostumbrada
 A no salir del prado y la majada,
 Entre la mansa oveja y el cordero,
 Recelará tal vez, que seas fiero.
 No obstante, bien podremos, si consientes,
 Cortar tus uñas, y limar tus dientes,
 Y así verá que tiene tu grandeza
 Cosas de majestad, no de fiereza.»

*Un cuarto apostaré a que en este instante
 Dice, hablando del león, algún amante,
 Que de la misma muerte haría gala,
 Con tal que se la diese la zagala.
 Deja, Fabio, el amor, déjalo luego;
 Mas hablo en vano, porque siempre ciego,
 No ves el desengaño,
 Y así te entregas a tu propio daño.*

EL CAZADOR Y EL PERRO

Mustafá (perro viejo,
 Lebel en montería ejercitado,
 Y de antiguas heridas señalado
 A colmillo y a cuerno su pellejo),
 Seguía a un jabalí sin esperanza
 De poderle alcanzar; pero, no obstante,
 Azuzándole su amo a cada instante,
 A duras penas *Mustafá* le alcanza.
 El cerdoso valiente
 No escuchaba recados a la oreja:
 Y así, su resistencia no le deja
 Cebiar al perro su cansado diente.
 Con airado colmillo le rechaza,
 Y bufando se marcha victorioso.

El cazador furioso
 Reniega del lebel y de su raza.
 «Viejo estoy—le responde—, ya lo veo:
 Mas di, sin *Mustafá*, ¿cuándo tuvieras
 Las pieles y cabezas de las fieras
 En tu casa, de abrigo y de trofeo?
 Miras a lo que soy, no a lo que he sido.
 ¡Oh suerte desgraciada!
 Presente tienes mi vejez cansada,
 Y mis robustos años en olvido.
 Mas, ¿para qué me mato,
 Si no he de conseguir cosa ninguna?»

*Es ladrar a la luna
 El alegar servicios al ingrato.*

EL ASNO Y EL LOBO

Un burro cojo vió que le seguía
Un lobo cazador, y no pudiendo
Huir de su enemigo, le decía:
«Amigo lobo, yo me estoy muriendo.

Me acaban por instante los dolores
De este maldito pie de que cojeo:
Si yo no me valiese de herradores,
No me vería así como me veo.

Y pues fallezco, sé caritativo:
Sácame con los dientes este clavo,
Muera yo sin dolor tan excesivo,
Y cómeme después de cabo a rabo.»

«¡Oh!—dijo el cazador con ironía,
Contando con la presa ya en la mano—,
No solamente sé la anatomía,
Sino que soy perfecto cirujano.

El caso es para mí una patarata;

La operación no más que de un momento:

Alargue bien la pata,
Y no se me acobarde, buen jumento.»

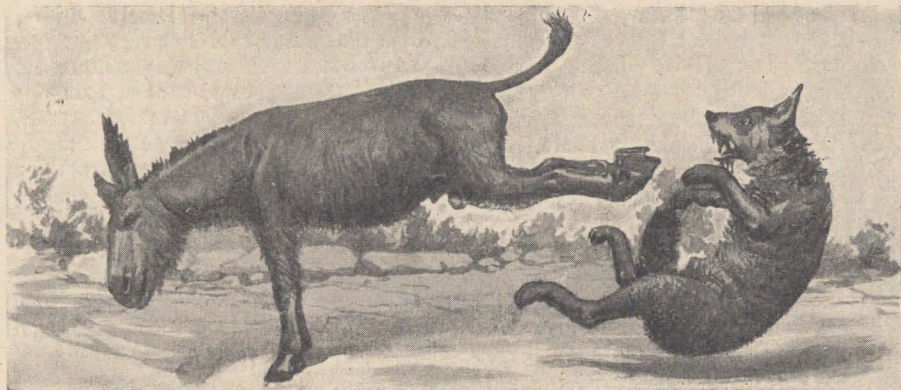
Con su estuche molar desenvainado
El nuevo profesor llega al doliente;
Mas éste le dispara de contado
Una coz que le deja sin un diente.

Escapa el cojo; pero el triste herido
Llorando se quedó su desventura.

«¡Ay, infeliz de mí! bien merecido
El pago tengo de mi gran locura.

Yo siempre me llevé el mejor bocado
En mi oficio de lobo carnicero;
¿Pues si puedo vivir tan regalado,
A qué meterme ahora a curandero?»

*Hablemos en razón: no tiene juicio
Quien deja el propio por ajeno oficio.*



LA LEONA Y EL OSO

Dentro de un bosque obscuro y silencioso,
Con un rugir continuo y espantoso,
Que en medio de la noche resonaba,
Una leona a las fieras inquietaba.
Dícela un oso: «Escúchame una cosa:
¿Qué tragedia horrorosa,
O qué sangrienta guerra,
Qué rayos, o qué plagas a la tierra
Anuncia tu clamor desesperado
En el nombre de Júpiter airado?»
«¡Ah! mayor causa tienen mis rugidos.
Yo, la más infeliz de los nacidos,
¿Cómo no moriré desesperada

Si me han robado el hijo? ¡ay desdichada!»

«¡Hola! ¿conque eso es todo?

Pues si se lamentasen de ese modo
Las madres de los muchos que devoras,
Buena música hubiera a todas horas.
Vaya, vaya, consuélate como ellas,
No nos quiten el sueño tus querellas.»

A desdichas y males

Vivimos condenados los mortales.

*A cada cual no obstante le parece,
Que de esta ley una excepción merece.*

*Así nos conformamos con la pena,
No cuando es propia, sí cuando es ajena.*



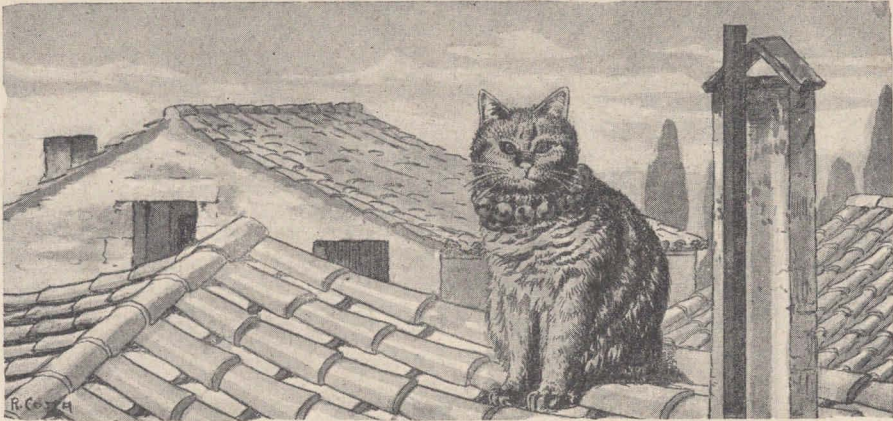
LAS EXEQUIAS DE LA LEONA

En su regia caverna, inconsolable
El rey león yacía,
Porque en el mismo día
Murió (¡cruel dolor!) su esposa amable.
A palacio la corte toda llega,
Y en fúnebre aparato se congrega.
En la cóncava gruta resonaba
Del triste rey el doloroso llanto.
Allí los cortesanos entretanto
También gemían, porque el rey lloraba;
Que si el viudo monarca se riera,
La corte lisonjera
Trocara en risa el lamentable paso.
Perdone la difunta, voy al caso.
Entre tanto sollozo
El ciervo no lloraba (yo lo creo),
Porque lleno de gozo
Miraba ya cumplido su deseo.
La tal reina le había devorado
Un hijo y la mujer al desdichado.
El ciervo, en fin, no llora:
El concurso lo advierte:

El monarca lo sabe, y en la hora
Ordena con furor darle la muerte.
«¿Cómo podré llorar—el ciervo dijo—,
Si apenas puedo hablar de regocijo?
Ya disfruta, gran rey, más venturosa
Los eliseos campos vuestra esposa:
Me lo ha revelado a la venida,
Muy cerca de la gruta aparecida:
Me mandó lo callase algún momento,
Porque gusta mostréis el sentimiento.»
Dijo así; y el concurso cortesano
Aclamó por milagro la patraña.
El ciervo consiguió que el soberano
Cambiase en amistad su fiera saña.

*Los que en la indignación han incurrido
De los grandes señores,
A veces su favor han conseguido
Con ser aduladores.
Mas no por esto advierto
Que el medio sea justo, pues es cierto
Que a más príncipes vicia
La adulación servil que la malicia.*





LA GATA CON CASCABELES

Salió cierta mañana
Zapaquilda al tejado
 Con un collar de grana,
 De pelo y cascabeles adornado.
 Al ver tal maravilla
 Del alto corredor y la guardilla
 Van saltando los gatos de uno en uno.
 Congrégase al instante
 Tal concurso gatuno
 En torno de la dama rozagante,
 Que entre flexibles colas arboladas
 Apenas divisarla se podía.
 Ella con mil monadas
 El cascabel parlero sacudía;
 Pero cesando al fin el sonsonete,
 Dijo, que por juguete
 Quitó el collar al perro su señora,
 Y se lo puso a ella.
 Cierito que *Zapaquilda* estaba bella:
 A todos enamora,
 Tanto que en la gatesca compañía,
 Cuál dice su atrevido pensamiento;

Cuál se encrespa celoso;
 Riñen éste y aquél con ardimiento,
 Pues con ansia quería
 Cada gato soltero ser su esposo.
 Entre los arañazos y maullidos
 Levántase *Garraj*, gato prudente,
 Y a los enfurecidos
 Les grita: «Novel gente,
 ¡Gata con cascabeles por esposa!
 ¿Quién pretende tal cosa?
 ¿No veis que el cascabel la caza ahuyenta
 Y que la dama hambrienta
 Necesita sin duda que el marido,
 Ausente y aburrido,
 Busque la provisión en los desvanes
 Mientras ella cercada de galanes,
 Porque el mundo la vea,
 De tejado en tejado se pasea?»
 Marchóse *Zapaquilda* convencida,
 Y lo mismo quedó la concurrencia.

*¡Cuántos chascos se llevan en la vida
 Los que no miran más que la apariencia!*





El Herrero y el Perro

Un herrero tenía
 Un perro que no hacía
 Sino comer, dormir y estarse echado:
 De la casa jamás tuvo cuidado;
 Levantábase sólo a mesa puesta;
 Entonces con gran fiesta
 Al dueño se acercaba,
 Con perrunas caricias le halagaba,
 Mostrando de cariño mil excesos
 Por pillar las piltrafas y los huesos.
 «He llegado a notar—le dijo el amo—,
 Que aunque nunca te llamo
 A la mesa, te llegas prontamente:
 En la fragua jamás te vi presente;
 Y yo me maravillo
 De que no despertándote el martillo,
 Te desveles al ruido de mis dientes.
 Anda, anda, poltrón; no es bien que cuentes
 Que el amo, hecho un gañán y sin reposo,
 Te mantiene a lo conde muy ocioso.»
 El perro le responde:
 «¿Qué más tiene que yo cualquiera conde?
 Para no trabajar debo al Destino
 Haber nacido perro, no pollino.»
 «Pues, señor conde, fuera de mi casa;
 Verás en las demás lo que te pasa.»
 En efecto, salió a probar fortuna,
 Y las casas anduvo de una en una:
 Allí le hacen servir de centinela,
 Y que pase la noche toda en vela;
 Acá de lazarrillo y de danzante;
 Allá dentro de un torno a cada instante
 Asa la carne que comer no espera.
 Al cabo conoció de esta manera,
 Que el Destino, y no es cuento,
 A todos nos cargó, como al jumento.

El ratón de la corte y el del campo

Un ratón cortesano
 Convidó de un modo muy urbano
 A un ratón campesino.
 Dióle gordo tocino,
 Queso fresco de Holanda;
 Y una despensa llena de vianda
 Era su alojamiento,
 Pues no pudiera haber un aposento
 Tan magníficamente preparado.
 Aunque fuese en *Ratópolis* buscado
 Con el mayor esmero,
 Para alojar a *Rocpán primero*.
 Sus sentidos allí se recreaban:
 Las paredes y techos adornaban,
 Entre mil ratonescas golosinas,
 Salchichones, perriles y cecinas.
 Saltaban de placer, ¡oh, qué embeleso!
 De pernil en pernil, de queso en queso.
 En esta situación tan lisonjera
 Llegó la dispensera:
 Oyén el ruido, corren, se agazapan
 Pierden el tino; mas al fin se escapan
 Atropelladamente
 Por cierto pasadizo abierto a diente.
 «¡Esto tenemos!—dijo el campesino—;
 Reniego yo del queso, del tocino,
 Y de quien busca gustos
 Entre los sobresaltos y los sustos.»
 Volvióse a su campaña en el instante,
 Y estimó mucho más de allí adelante,
 Sin zozobra, temor, ni pesadumbres,
 Su casita de tierra y sus legumbres.



La Zorra y la Cigüeña

Una zorra se empeña
En dar una comida a la cigüeña.
La convidó con tales expresiones,
Que anunciaban sin duda provisiones
De lo más excelente y exquisito.
Acepta alegre, va con apetito;
Pero encontró en la mesa solamente
Jigote claro sobre chata fuente.
En vano a la comida picoteaba,
Pues era para el guiso que miraba
Inútil tenedor su largo pico.
La zorra con la lengua y el hocico
Limpió tan bien su fuente, que pudiera
Servir de fregatriz si a Holanda fuera.
Mas de allí a poco tiempo, convidada
De la cigüeña, halla preparada
Una redoma de jigote llena:
Allí fué su aflicción, allí su pena;
El hocico goloso al punto asoma
Al cuello de la hidrópica redoma;
Mas en vano, pues era tan estrecho,
Cual si por la cigüeña fuese hecho.
Envidiosa de ver que a conveniencia
Chupaba la del pico a su presencia,
Vuelve, tiente, discurre,
Huele, se desatina; en fin, se aburre.
Marchó rabo entre piernas tan corrida,
Que ni aun tuvo siquiera la salida
De decir: *Están verdes, como antaño.*
También hay para pícaros engaño.



El Leopardo y las Monas

No a pares, a docenas encontraba
Las monas en Tetuán, cuando cazaba,
Un leopardo: apenas lo veían,
A los árboles todas se subían,
Quedando del contrario tan seguras,
Que pudiera decir: «No están maduras.»
El cazador, astuto, se hace el muerto
Tan vivamente, que parece cierto:
Hasta las viejas monas,
Alegres en el caso y juguetonas,
Empiezan a saltar: la más osada
Baja, arrímase al muerto de callada;
Mira, huele, y aun tiente,
Y grita muy contenta:
«¡Llegad, que muerto está de todo punto,
Tanto que empieza a oler el tal difunto.»
Bajan todas con bulla y algazara;
Ya le tocan la cara,
Ya le saltan encima,
Aquella se le arrima,
Y haciendo mimos a su lado queda;
Otra se finge muerta, y lo remeda.
Mas luego que las siente fatigadas
De correr, de saltar y hacer monadas,
Levántase ligero,
Y más que nunca fiero,
Pilla, mata, devora, de manera
Que parecía la sangrienta fiera,
Cubriendo con los muertos la campaña,
Al Cid matando moros en España.

*Es el peor enemigo el que aparenta
No poder causar daño, porque intenta,
Inspirando confianza,
Asegurar su golpe de venganza.*

EL HOMBRE Y LA FANTASMA

Un joven licencioso
 Se hallaba en un estado vergonzoso
 Con sus males secretos retirado:
 En soledad, doliente, exasperado,
 Cavila, llora, canta, jura, reza,
 Como quien ha perdido la cabeza.
 «¿Te falta la salud? Pues, caballero,
 De todo tu dinero,
 Nobleza, juventud y poderío,
 Sábetelo que me río:
 Trata de recobrarla, pues perdida,
 ¿De qué sirven los bienes de la vida?»
 Todo esto una fantasma le previno,
 Y al instante se fué como se vino.
 El enfermo se cuida, se repone,
 Un nuevo plan de vida se propone:
 En efecto, se casa.
 Cércanle los cuidados de la casa,
 Que se van aumentando de hora en hora.
 La mujer (Dios nos libre) gastadora
 Aun mucho más que rica,
 Los hijos y las deudas multiplica,
 De modo que el marido,
 Más que nunca aburrido,
 Se puso sobre un pie de economía,
 Que estrechándola más de día en día,
 Al fin se enriqueció con opulencia.
 La fantasma le dice: «En mi conciencia
 Que te veo amarillo como el oro:

Tienes tu corazón en el tesoro:
 Miras sobre tu pecho acongojado
 El puñal del ladrón enarbolado:
 Las noches pasas en mortal desvelo:
 ¿Y así quieres vivir?... ¡qué desconsuelo!»
 El hombre, como caso milagroso,
 Se transformó de avaro en ambicioso.
 Llegó dentro de poco a la privanza:
 ¡El señor don Dinero que no alcanza!
 La fantasma le muestra claramente
 Un falso confidente:
 Cien traidores amigos,
 Que quieren ser autores y testigos
 De su pronta caída.
 Resuélvese a dejar aquella vida,
 Y ya desengañado,
 En los campos se mira retirado.
 Buscaba los placeres inocentes
 En las flores y frutas diferentes.
 ¿Quieren ustedes creer (esto me pasma)
 Que aun allí le persigue la fantasma?
 Los insectos, los hielos y los vientos,
 Todos los elementos,
 Y las plagas de todas estaciones
 Han de ser en el campo tus ladrones.
 ¿Pues adónde irá el pobre caballero?...

*Digo que es un solemne majadero
 Todo aquel que pretende
 Vivir en este mundo sin su duende.*





EL GATO Y LAS AVES

Charlatanes se ven por todos lados
 En plazas y en estrados,
 Que ofrecen sus servicios (¡cosa rara!)
 A todo el mundo por su linda cara.
 Este, químico y médico excelente,
 Cura a todo doliente;
 Pero *gratis*: no se hable de dinero.
 El otro, petimetre caballero,
 Canta, toca, dibuja, borda, danza,
 Y ofrece la enseñanza
Gratis, por afición, a cierta gente.
 Veremos en la fábula siguiente
 Si puede haber en esto algún engaño:
 La prudente cautela no hace daño.

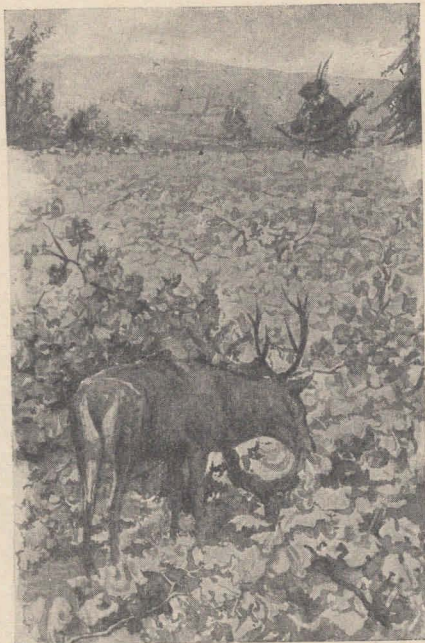
Dejando los desvanes y rincones
 El señor *Mirrimiz*, gato de mañana,
 Se salió de la villa a la campaña.
 En paraje sombrío,
 A la orilla de un río
 De sauces coronado,
 En unas matas se quedó agachado.
 El gatazo callaba como un muerto
 Escuchando el concierto
 De dos mil avecillas,
 Que en las ramas cantaban maravillas;
 Pero callaba en vano,

Mientras no se acercaban a su mano
 Los músicos volantes, pues quería
Mirrimiz arreglar la sinfonía.

Cansado de esperar, prorrumpe al cabo,
 Sacando la cabeza: ¡*Bravo, bravo!*
 La turba calla: cada cual procura
 Alejarse, o meterse en la espesura;
 Mas él les persuadió con buenos modos,
 Y al fin logró que le escuchasen todos.

«No soy gato montés o campesino;
 Soy honrado vecino
 De la cercana villa:
 Fui gato de un maestro de capilla:
 La música aprendí; y aun, si me empeño,
 Veréis como os la enseño,
 Pero *gratis*, y en menos de una hora.
 ¡Qué cosa tan sonora!
 Será el oír un coró de cantores,
 Verbi gracia, calandrias, ruiseñores»
 Con éstas y otras cosas diferentes,
 Algunas de las aves inocentes
 Con manso vuelo a *Mirrimiz* llegaron:
 Todas en torno de él se colocaron.
 Entonces con más gracia,
 Y más diestro que el músico de Tracia,
 Echando su compás hacia el más gordo,
 Consigue *gratis* merendarse un tordo.

LA CIERVA Y LA VIÑA



Huyendo de enemigos cazadores
Una cierva ligera,
Siente; ya fatigada en la carrera,
Más cercanos los perros y ojeadores.
No viendo la infeliz algún seguro
Y vecino paraje

De gruta o de ramaje,
Crece su timidez, crece su apuro.
Al fin sacando fuerzas de flaqueza
Continúa la fuga presurosa:

Halla al paso una viña muy frondosa,
Y en lo espeso se oculta con presteza.

Cambia el susto y pesar en alegría,
Viéndose a paz y a salvo en tan buen hora.
Olvida el bien; y de su defensora
Los frescos verdes pámpanos comía.

Mas ¡ay! que de esta suerte
Quitando ella las hojas de delante,
Abrió puerta a la flecha penetrante,
Y el listo cazador la dió la muerte.

Castigó con la pena merecida
El justo Cielo a la cierva ingrata.

*¿Mas qué puede esperar el que maltrata
Al mismo que le está dando la vida?*

EL LEÓN Y LA RANA

Una lóbrega noche silenciosa,
Iba un león horroroso
Con mesurado paso majestuoso
Por una selva: oyó una voz ruidosa,
Que con tono molesto y continuado
Llamaba la atención, y aun el cuidado
Del reinante animal, que no sabía
De qué bestia feroz quizá saldría
Aquella voz, que tanto más sonaba
Cuanto más en silencio todo estaba.
Su majestad leonesa
La selva toda registrar procura;
Mas nada encuentra con la noche oscura,
Hasta que pudo ver, ¡oh, qué sorpresa!
Que sale de un estanque a la mañana
La tal bestia feroz y era un rana.

*Llamará la atención de mucha gente
El charlatán con su manía loca;
¿Mas qué logra, si al fin verá el prudente,
Que no es sino una rana, todo boca?*



EL VIEJO Y EL CHALÁN

Fabio está, no lo niego, muy notado
De una cierta pasión que le domina ;
¿Mas, qué importa, señor? si se examina
Se verá que es un mozo muy honrado,
Generoso, cortés, hábil, activo,
Y que de todo entiende
Cuanto pide el empleo que pretende.
Y qué, ¿no se lo dan?... ¿por qué

[motivo?...

Trataba un viejo de comprar un perro
Para que le guardase los doblones.
Le decía el chalán estas razones :
«Con un collar de hierro

Que tenga el animal, échenle gente :
Es hermoso, pujante,
Leal, bravo, arrogante ;
Y aunque tiene la falta solamente
De ser algo goloso...»

«¿Goloso?—dice el rico—; no le quiero.»
«No es para marmitón, ni despensero—
Continúa el chalán muy presuroso—,
Sino para valiente centinela.»

«Menos—concluye el viejo— :
Dejará que me quiten el pellejo
Por lamer entretanto la cazuela.»



EL VIEJO Y LA MUERTE



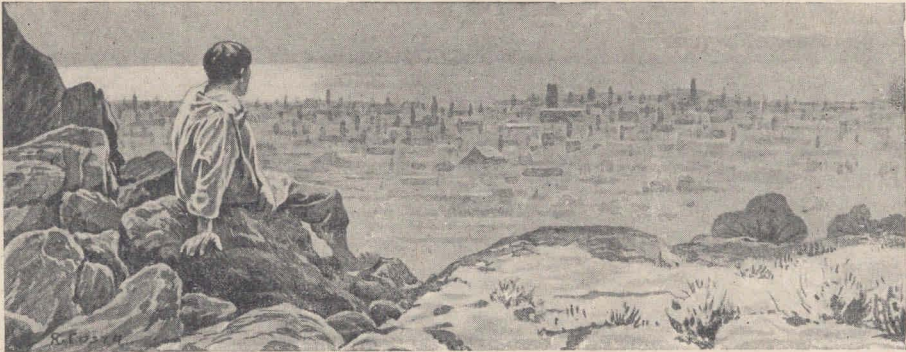
Entre montes por áspero camino,
Trozando con una y otra peña,
Iba un viejo cargado con su leña
Maldiciendo su misero destino.

Al fin cayó, y viéndose de suerte
Que apenas levantarse ya podía,
Llamaba con colérica porfía
Una, dos y tres veces a la muerte.

Armada de guadaña, en esqueleto
La Parca se le ofrece en aquel punto ;
Pero el viejo, temiendo ser difunto,
Lleno más de terror que de respeto,

Trémulo la decía, y balbuciente :
«Yo... señora... os llamé desesperado ;
Pero...» «Acaba : ¿qué quieres desdichado?»
«Que me carguéis la leña solamente.»

*Tenga paciencia quien se cree infelice,
Que aun en la situación más lamentable
Es la vida del hombre siempre amable :
El viejo de la leña nos lo dice.*



EL CIUDADANO PASTOR

Cierto joven leía
En versos excelentes
Las dulces pastorelas
Con el mayor deleite.
Tenía la cabeza
Llena de prados, fuentes,
Pastores y zagalas,
Zampoñas y rabeles.
Al fin, cierta mañana
Prorrumpe de esta suerte :
«¡ Yo he de estar prisionero
Cercado de paredes,
Esclavo de los hombres,
Y sujeto a las leyes,
Pudiendo entre pastores
Grata y sencillamente
Disfrutar desde ahora
La libertad campestre !
De la ciudad al bosque
Me marchó para siempre :
Allí Naturaleza
Me brinda con sus bienes,
Los árboles y ríos
Con frutas y con peces,
Los ganados y abejas
Con la miel y la leche :
Hasta las duras rocas
Habitación me ofrecen
En grutas coronadas
De pámpanos silvestres.
Desde tan bella estancia,
¿ Cuántas y cuántas veces,
Al son de dulces flautas,
Y sonoros rabeles,
Oíré a los pastores,

Que discretos contienden,
Publicando en sus versos
Amores inocentes?
Como que ya divisó
Entre el ramaje verde
A la pastora Nise,
Que al lado de una fuente,
Sentada al pie de un olmo,
Una guirnalda teje :
¿ Si será para Mopso?...
Tanto el joven enciende
Su loca fantasía,
Que ya en fin se resuelve,
Y en zagal disfrazado,
En los bosques se mete.
A un rabadán encuentra,
Y le pregunta alegre :
« Dime, ¿ es de Melibeo
Ese ganado? » « Miente,
Que es mío ; y sobre todo,
Sea de quien se fuere. »
No respondió el buen
[hombre
Muy poéticamente.
El joven temeroso
De que tal vez le diese
Con el fiero garrote
Que por cayado tiene,
Sin chistar más palabra
Huyó bonitamente.
Marchaba pensativo,
Cuando quiso la suerte
Que cogiendo bellotas
A la pastora viese.
« ¡ Oh Nise fementida ! —

Exclama— : ¡ cuántas veces
Siendo niña, querías
Que yo te recogiese
La fruta con rocío
De mis manzanos verdes ! »
Diciendo así, se acerca :
La moza se revuelve,
Y dándole un bufido
En las breñas se mete.
Sorprendido el mancebo,
Dice : « ¿ Qué me sucede?
¿ Son éstos los pastores
Discretos, inocentes,
Que pintan los poetas
Tan delicadamente?
A nuevos desengaños
Ya no quiero exponerme. »
Rendido, caviloso
A la ciudad se vuelve.

*Yo siento a par del alma
Que no se detuviese
A disfrutar un poco
De la vida campestre.
Por mí fe que las migas,
El pastoril albergue,
El rigor del verano,
Los hielos y las nieves,
Le hubieran persuadido
Mucho más vivamente,
Que es un solemne loco
Todo aquel que creyere
Hallar en experiencia
Cuanto el hombre nos pinta
[por deleite.*

EL RAPOSO Y EL LOBO

Un triste raposo
 Por medio del llano
 Marchaba sin piernas,
 Cual otro soldado
 Que perdió las suyas
 Allá en campo santo.
 Un lobo le dijo:
 «Hola, buen hermano,
 Diga, ¿en qué refriega
 Quedó tan lisiado?»
 «¡Ay de mí!—responde—;
 Un maldito rastro
 Me llevó a una trampa,

Donde por milagro,
 Dejando una pierna,
 Salí con trabajo.
 Después de algún tiempo
 Iba yo cazando,
 Y en la trampa misma
 Dejé pierna y rabo.»
 El lobo le dice:
 «Creíble es el caso:
 Yo estoy tuerto, cojo,
 Y desorejado
 Por ciertos mastines,
 Guardas de un rebaño.

Soy de estas montañas
 El lobo decano;
 Y como conozco
 Las mañas de entrambos,
 Temo que acabemos,
 No digo enmendados,
 Sino tú en la trampa,
 Y yo en el rebaño.»

*¡Que el ciego apetito
 Pueda arrastrar tanto!
 A los brutos pase;
 ¡Pero a los humanos!*



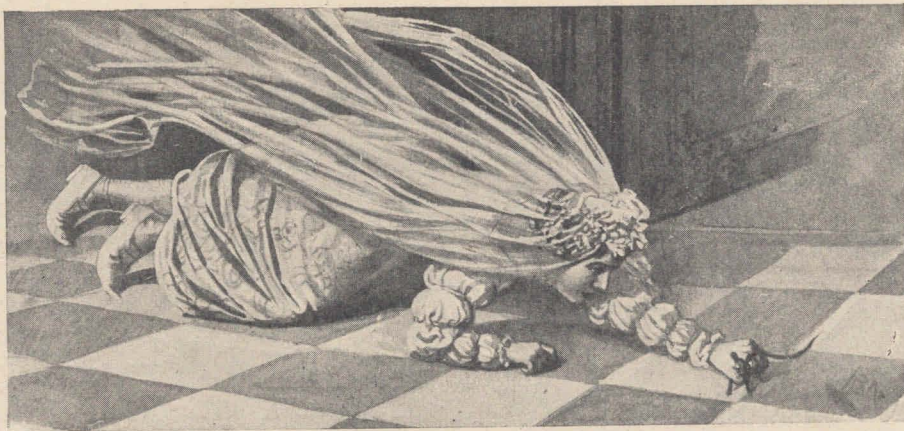
LA HERMOSA Y EL ESPEJO

Anarda la bella
 Tenía un amigo
 Con quien consultaba
 Todos sus caprichos:
 Colores de moda,
 Más o menos vivos,
 Plumas, sombreretes,
 Lunares y rizos
 Jamás en su adorno
 Fueron admitidos,
 Si él no le decía:
Gracioso, bonito.
 Cuando su hermosura
 Llena de atractivo,
 En sus verdes años

Tenía más brillo,
 Traidoras le roban
 (Ni acierto a decirlo)
 Las negras viruelas
 Sus gracias y hechizos.
 Llegóse al espejo:
 Este era su amigo;
 Y como se jaeta
 De fiel y sencillo,
 Lisa y llanamente
 La verdad le dijo.
 Anarda furiosa,
 Casi sin sentido,
 Le vuelve la espalda
 Dando mil quejidos.

Desde aquel instante
 Cuenta que no quiso
 Volver a consultas
 Con el señor mío.

*Escúchame, Anarda:
 Si buscas amigos
 Que te representen
 Tus gracias y hechizos,
 Mas que no te adviertan
 Defectos, y aun vicios
 De aquellos que nadie
 Conoce en sí mismo,
 Dime, ¿de qué modo
 Podrás corregirlos?*



LA GATA MUJER

Zapaquilda la bella
Era gata doncella
Muy recatada, no menos hermosa:
Queríala su dueño por esposa
Si Venus consintiese,
Y en mujer a la gata convirtiese.
De agradable manera
Vino en ello la diosa placentera;
Y ved a *Zapaquilda* en un instante
Hecha moza gallarda, rozagante.
Celébrase la boda;
Estaba ya la sala nupcial toda
De un lucido concurso coronada;

La novia relamida, almidonada
Junto al novio, galán enamorado;
Todo brillantemente preparado,
Cuando quiso la diosa
Que cerca de la esposa
Pasase un ratoncillo de repente.
Al punto que le ve, violentamente,
A pesar del concurso y de su amante,
Salta, corre tras él, y échale el guante.

*Aunque del valle humilde a la alta cumbre
Inconstante nos mude la Fortuna,
La propensión del natural es una
En todo estado, y más con la costumbre.*

LAS RANAS SEDIENTAS

Dos ranas que vivían juntamente,
En un verano ardiente
Se quedaron en seco en su laguna:
Saltando aquí y allí llegó la una
A la orilla de un pozo.
Llena entonces de gozo,
Gritó a su compañera:
«Ven, y salta ligera.»
Llegó, y estando entrambas a la orilla,
Notando como grande maravilla
Entre los agostados juncos y heno
El fresco pozo casi de agua lleno,
Prorrumpió la primera: «¿A qué
esperamos,
Que no nos arrojam

Al agua que apacible nos convida?»
La segunda responde: «Inadvertida,
Yo tengo igual deseo;
Pero pienso y preveo,
Que aunque es fácil al pozo nuestra entrada,
La agua, con los calores exhalada,
Según vaya faltando,
Nos irá dulcemente sepultando,
Y al tiempo que salir solicitemos,
En la Estigia laguna nos veremos.»

*Por consultar al gusto solamente,
Entra en la nasa el pez incautamente;
El pájaro sencillo en la red queda;
¡Y en qué lazos el hombre no se enreda!*

EL ASNO Y EL PERRO

Un perro y un borrico caminaban,
Sirviendo a un mismo dueño;
Rendido éste del sueño,
Se tendió sobre el prado que pasaban.

El borrico, entre tanto, aprovechado,
Descansa y pace; mas el perro, hambriento,
«Bájate—le decía—, buen jumento;
Pillaré de la alforja algún bocado.»

El asno se le aparta como en chanza:
El perro sigue al lado del borrico,
Levantando las manos y el hocico,
Como perro de ciego cuando danza.

«No seas bobo—el asno le decía—;
Espera a que nuestro amo se despierte,

Y será de esa suerte

El hambre más, mejor la compañía.»

Desde el bosque entre tanto sale un lobo:

Pide el asno favor al compañero:

En lugar de ladrar, el marrullero

Con fiska respondió: «No seas bobo;

Espera a que nuestro amo se despierte,

Que pues me aconsejaste la paciencia,

Yo la sabré tener en mi conciencia,

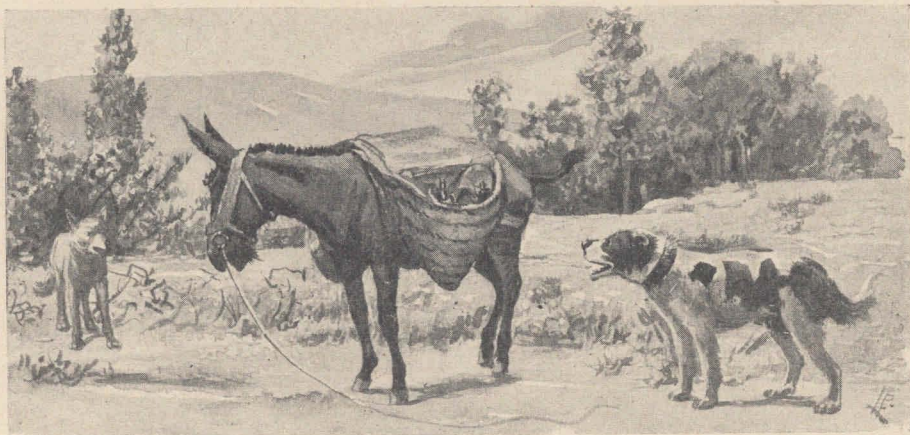
Al ver al lobo que te da la muerte.»

El pollino murió: no hay que dudarlo;

Mas si resucitara,

Corriendo el mundo a todos predicara:

Prestad auxilio, si queréis hallarlo.



LOS DOS PERROS

*Procure ser en todo lo posible
El que ha de reprender irrepreensible.*

Sultán, perro goloso y atrevido,
En su casa robó, por un descuido,
Una pierna excelente de carnero.
Pinto, gran tragador, su compañero,
Le encuentra con la presa encarnizado,
Ojo al través, colmillo acicalado,
Fruncidas las narices y gruñendo.

«¿Qué cosa estás haciendo,
Desgraciado Sultán?—Pinto le dice—.
¿No sabes, infelice,
Que un perro infiel, ingrato,

No merece ser perro, sino gato?

¡Al amo, que nos fía

La custodia de casa noche y día,

Nos halaga, nos cuida y alimenta,

Le das tan buena cuenta,

Que le robas goloso

La pierna del carnero más jugoso!

Como amigo te ruego

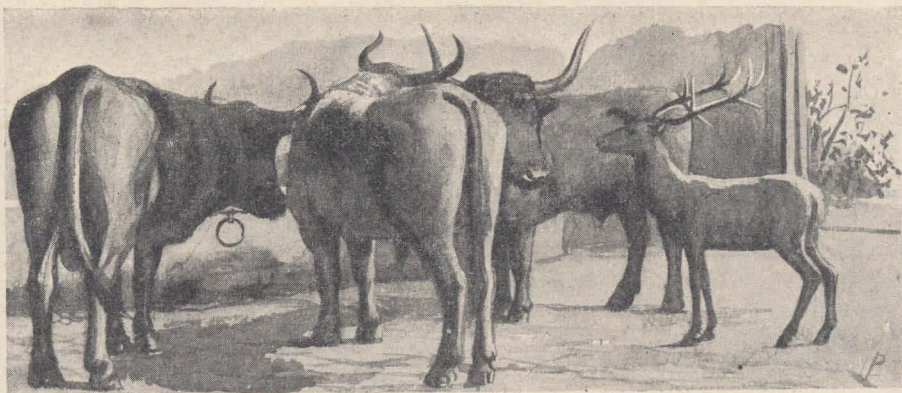
No la maltrates más: déjala luego.»

«Hablas—dijo Sultán—, perfectamente.

Una duda me queda solamente

Para seguir al punto tu consejo:

Di, ¿te la comerás, si yo la dejo?»

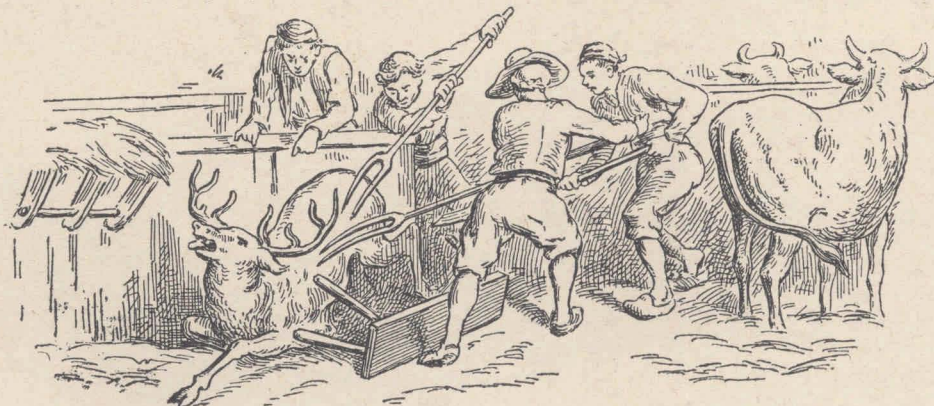


EL CIERVO Y LOS BUEYES

Con inminente riesgo de la vida
Un ciervo se escapó de la batida,
Y en la quinta cercana de repente
Se metió en el establo incautamente.
Dícele un buey: «¿Ignoras, desdichado,
Que aquí viven los hombres? ¡ah, cuitado!
Detente, y hallarás tanto reposo,
Como perdiz en boca de raposo.»
El ciervo respondió: «Pero, no obstante,
Dejadme descansar algún instante,
Y en la ocasión primera
Al bosque espeso emprendo mi carrera.»
Oculto en el ramaje permanece.
A la noche el boyero se aparece,
Al ganado reparte el alimento,
Nada divisa; sálase al momento.
El mayoral y los criados entran,
Y tampoco le encuentran.
Libre de aquel apuro,

El ciervo se contaba por seguro;
Pero el buey más anciano
Le dice: «Qué, ¿te alegras tan temprano?
Si el amo llega, lo perdiste todo:
Yo le llamo *Cien-ojos* por apodo;
Mas chitón, que ya viene.»
Entra *Cien-ojos*, todo lo previene:
A los rústicos dice: «No hay consuelo:
Las colleras tiradas por el suelo,
Limpio el pesebre, pero muy de paso,
El ramaje muy seco, y más escaso:
Seor mayoral, ¿es éste buen gobierno?»
En esto mira al enramado cuerno
Del triste ciervo: grita, acuden todos
Contra el pobre animal de varios modos,
Y a la rústica usanza
Se celebró la fiesta de matanza.

*Esto quiere decir, que el amo bueno
No se debe fiar del ojo ajeno.*





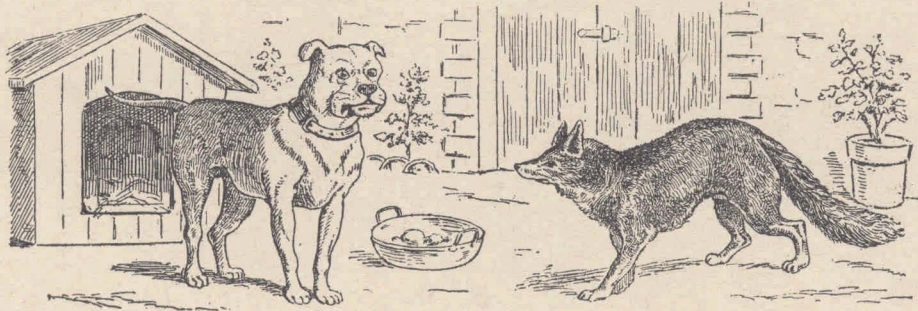
EL RAPOSO Y EL PERRO

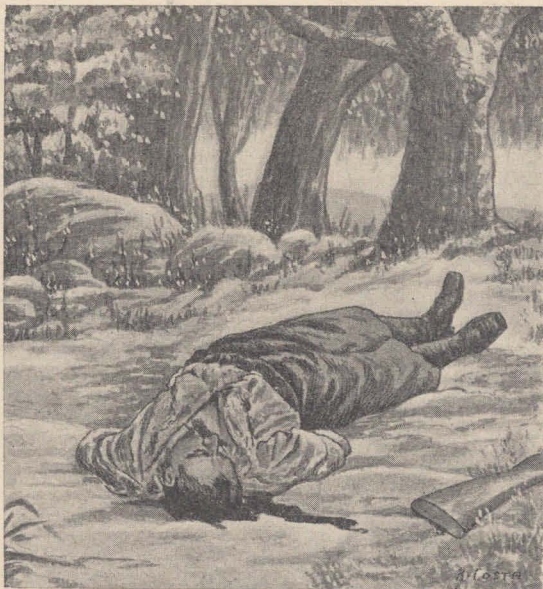
De un modo afable y amistoso
El mastín de un pastor con un raposo
Se solía juntar algunos ratos,
Como tal vez los perros y los gatos
Con amistad se tratan. Cierta día
El zorro a su compadre le decía:
«Estoy muy irritado:
Los hombres por el mundo han divulgado
Que mi raza inocente (¡qué injusticia!)
Les anda *circumcirca* en la malicia.
¡Ah, maldita canalla!
Si yo pudiera...» En esto el zorro calla,
Y erizado se agacha. «Soy perdido—
Dice—, los cazadores he oído,
¿Qué me sucede? Nada.»
«No temas—le responde el camarada—;
Son las gentes que pasan al mercado.
Mira, mira, cuitado,
Marchar haldas en cinta a mis vecinas,
Coronadas con cestas de gallinas.»
«No estoy—dijo el raposo—, para fiestas;

Vete con tus gallinas y tus cestas;
Y satiriza a otro. Porque sabes
Que robaron anoche algunas aves,
¿He de ser yo el ladrón?» «En mi conciencia
Que hablé—dijo el mastín—con inocencia.
¿Yo pensar que has robado el gallinero,
Cuando siempre te vi como un cordero?»
«¡Cordero!—exclama el zorro—: no hay
[aguante:

Que cordero me vuelva en el instante,
Si he hurtado el que falta en tu majada.»
«¡Hola—concluye el perro—, camarada,
El ladrón es usted según se explica.»
El estuche molar al punto aplica
Al misero raposo,
Para que así escarmiente el cosquilloso,
Que de las fabulillas se resiente.

*Si no estás inocente,
Dime, ¿por qué no bajas las orejas?
Y si acaso lo estás, ¿de qué te quejas?*





Los dos cazadores

Que en una marcial función,
O cuando el caso lo pida,
Arriesgue un hombre su vida,
Digo que es mucha razón.
Pero el que por diversión
Exponer su vida quiera
A juguete de una fiera,
O peligros no menores,
Sepa de dos cazadores
Una historia verdadera.

Pedro Ponce el valeroso
Y Juan Carranza el prudente,
Vieron venir frente a frente
Al lobo más horroroso.
El prudente, temeroso,
A una encina se abalanza,
Y cual otro Sancho Panza
En las ramas se salvó.
Pedro Ponce allí murió:

Imitemos a Carranza.

El Cuervo y la Serpiente

Pilló el cuervo dormida a la serpiente,
Y al quererse cegar en ella hambriento,
Le mordió venenosa. Sepa el cuento
Quien sigue a su apetito incautamente.



El Cazador y la Perdiz

Una perdiz en celo reclamada,
Vino a ser en la red aprisionada.
Al cazador la misera decía:
«Si me das libertad, en este día
Te he de proporcionar un gran consuelo.
Por ese campo extenderé mi vuelo:
Juntaré a mis amigas en bandada,
Que guiaré a tus redes engañada,
Y tendrás, sin costarte dos ochavos,
Doce perdices como doce pavos.»
«¿Engañar y vender a tus amigas!
¿Y así crees que me obligas?—
Respondió el cazador—; pues, no, señora:
Muere, y paga la pena de traidora.»

*La perdiz fué bien muerta, no es dudable;
La traición, aun soñada, es detestable.*

EL LOBO, LA ZORRA Y EL MONO JUEZ

Un lobo se quejó criminalmente
De que una zorra astuta le robase.
El mono juez, como ella lo negase,
Dejólos alegar prolijamente.

Enterado, pronuncia la sentencia:
«No consta que te falte nada, lobo;
Y tú, raposa, tú tienes el robo.»

Dijo, y los despidió de su presencia.

Esta contradicción es cosa buena;
La dijo el docto mono con malicia.

*Al perverso su fama le condena,
Aun cuando alguna vez pida justicia.*



EL PESCADOR Y EL PEZ



Recoge un pescador su red tendida,
Y saca un pececillo. «Por tu vida—
Exclamó el inocente prisionero,
—Dame la libertad: sólo la quiero,
Mira que no te engaño,
Porque ahora soy ruin; dentro de un año
Sin duda lograrás el gran consuelo
De pescarme más grande que mi abuelo.
¡Qué! ¿te burlas? ¿te ríes de mi llanto?
Sólo por otro tanto
A un hermanito mío
Un señor pescador le tiró al río.»
«¿Por otro tanto al río? ¡qué manía!—
Replicó el pescador—: ¿pues no sabía
Que el refrán castellano
Dice: *Más vale pájaro en la mano...?*
A sartén te condeno, que mi panza
No se llena jamás con la esperanza.»

LOS DOS GALLOS

Habiendo a su rival vencido un gallo,
Quedó entre sus gallinas victorioso,
Más grave, más pomposo
Que el mismo gran sultán en su serrallo.

Desde un alto pregona vocinglero
Su gran hazaña: el gavilán lo advierte,
Le pilla, le arrebat; y por su muerte
Quedó el rival señor del gallinero.

*Consuele al abatido tal mudanza.
Sirva también de ejemplo a los mortales
Que se juzgan exentos de los males,
Cuando se ven en próspera bonanza.*



EL CARRETERO Y HÉRCULES



En un atolladero
 El carro se atascó de Juan Regaña;
 El a nada se mueve, ni se amaña;
 Pero jura muy bien: «¡Gran carretero!»
 A Hércules invocó; y el dios le dice:
 «Aligera la carga; ceja un tanto;
 Quita ahora ese canto:
 ¿Está?» «Sí—le responde—, ya lo hice.»
 «Pues enarbola el látigo, y con eso
 Puedes ya caminar.» De esta manera,
 Arreando a la *Mohina* y la *Roncera*,
 Salió Juan con su carro del suceso.

*Si haces lo que estuviere de tu parte,
 Pide al Cielo favor: ha de ayudarte.*

LOS DOS MACHOS

Dos machos caminaban: el primero,
 Cargado de dinero,
 Mostrando su penacho envanecido,
 Iba marchando erguido
 Al son de los redondos cascabeles.
 El segundo, desnudo de oropes,
 Con un pobre aparejo solamente,
 Alargando el pescuezo eternamente,
 Seguía de reata su jornada,
 Cargado de costales de cebada.
 Salen unos ladrones, y al instante
 Asieron de la rienda al arrogante:
 El se defiende, ellos le maltratan,
 Y después que el dinero le arrebatán,
 Huyen, y dice entonces el segundo:

*«Si a estos riesgos exponen en el mundo
 Las riquezas, no quiero, a fe de macho,
 Dinero, cascabeles, ni penacho.»*

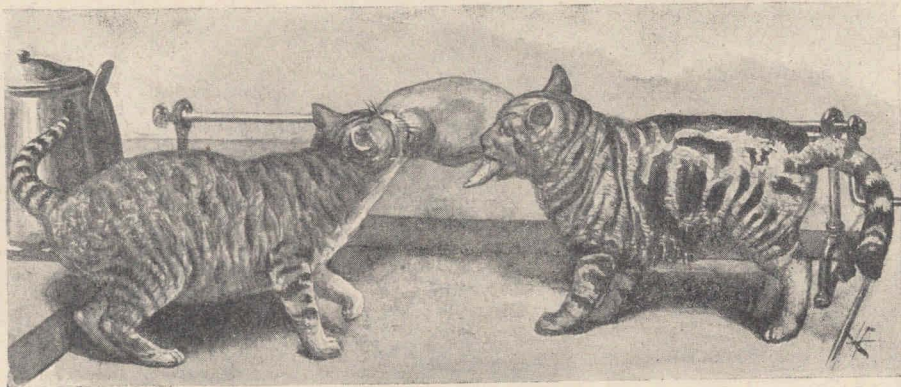


EL JABALÍ Y LA ZORRA



Sus horribles colmillos aguzaba
 Un jabalí en el tronco de una encina.
 La zorra, que vecina
 Del animal cerdoso se miraba,
 Le dice: «Extraño al verte,
 Siendo tú en paz señor de la bellota,
 Cuando ningún contrario te alborota,
 Que tus armas afiles de esta suerte.»

La fiera respondió: «Tenga entendido
 Que en la paz se prepara el buen guerrero,
 Así como en la calma el marinero,
 Y que vale por dos el prevenido.»



LOS GATOS ESCRUPULOSOS

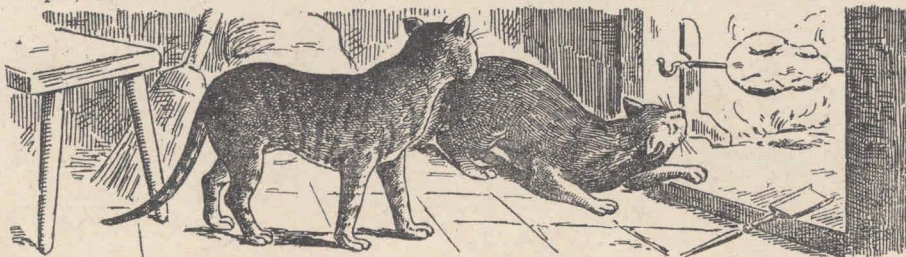
A las once, y aun más de la mañana,
La cocinera Juana,
Con pretexto de hablar a la vecina,
Se sale, cierra, y deja en la cocina
A *Micifuf* y *Zapirón* hambrientos.
Al punto (pues no gastan cumplimientos
Gatos enhambreidos)
Se avanzan a probar de los cocidos.
«¡Fú—dijo *Zapirón*—, maldita olla!
¡Cómo abrasa! Veamos esa polla
Que está en el asador lejos del fuego.»
Ya también escaldado, desde luego
Se arrima *Micifuf*, y en un instante
Muestra cada trinchante
Que en el arte cisoria, sin gran pena,
Pudiera dar lecciones a Villena.
Concluido el asunto,
El señor *Micifuf* tocó este punto:
«*Utrum*, si se podía o no en conciencia
Comer el asador.» «¡Oh, qué demencia—
Exclamó *Zapirón* en altos gritos—,
Cometer el mayor de los delitos!
¿No sabes que el herrero
Ha llevado por él mucho dinero,
Y que, si bien la cosa se examina,

Entre la batería de cocina
No hay un mueble más serio y respetable?
Tu pasión te ha engañado, miserable.»
Micifuf en efecto
Abandonó el proyecto;
Pues eran los dos gatos
De suerte timoratos
Que si el diablo, tentando sus pasiones,
Les pusiese asadores a millones
(No hablo yo de las pollas), o me engaño,
O no comieran uno, en todo el año.

De otro modo.

¡Qué dolor! por un descuido
Micifuf y *Zapirón*
Se comieron un capón
En un asador metido.
Después de haberse lamido
Trataron en conferencia,
Si obrarían con prudencia
En comerse el asador.

¿Le comieron? No, señor;
Era caso de conciencia.





LA MODA

Después de haber corrido
 Cierta danzante mono
 Por cantones y plazas
 De ciudad en ciudad el mundo todo,
 Logró (dice la historia,
 Aunque no cuenta el cómo)
 Volverse libremente
 A los campos del África orgulloso.
 Los monos al viajero
 Reciben con más gozo
 Que a Pedro el czar los rusos,
 Que los griegos a Ulises generoso.
 De leyes, de costumbres
 Ni él habló, ni algún otro
 Le preguntó palabra;
 Pero de trajes y de modas todos.
 En cierta jerigonza,
 Con extranjero tono,
 Les hizo un *gran detalle*
 De lo más *remarcable* a los curiosos.
 «Empecemos—decían—,
 Aunque sea por poco.»
 Hicieronse zapatos
 Con cáscaras de nueces por lo pronto.

Toda la raza mona
 Andaba con sus choclos,
 Y el no traerlos era
 Faltar a la decencia y al decoro.
 Un leopardo hambriento
 Trepa para los monos:
 Ellos huir intentan
 A salvarse en los árboles del solo.
 Las chinelas lo estorban,
 Y de muy fácil modo
 Aquí y allí mataba,
 Haciendo a su placer dos mil destrozos.
 En Tetuán desde entonces
 Manda el senado docto,
 Que cualquier uso o moda
 De países cercanos o remotos,
 Antes que llegue el caso
 De adoptarse en el propio,
 Haya de examinarse
 En junta de políticos a fondo.

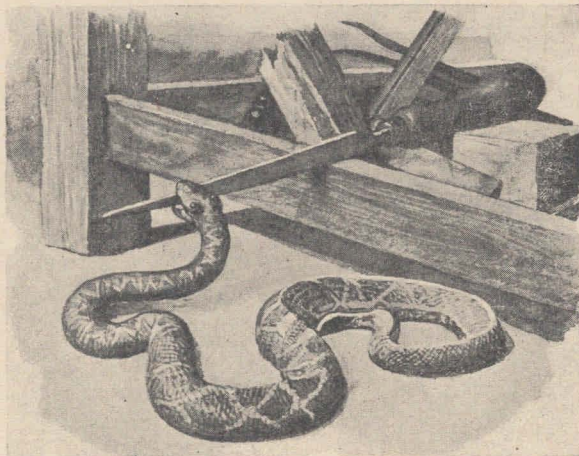
*Con tan justo decreto,
 Y el suceso horroroso,
 ¿Dejaron tales modas?
 Primero dejarían de ser monos.*



La Serpiente y la lima

En casa de un cerrajero
Entró la serpiente un día,
Y la insensata mordía
En una lima de acero.
Díjole la lima: «El mal,
Necia, será para ti:
¿Cómo has de hacer mella
[en mí,
Que hago polvos el metal?»

*Quien pretende sin razón
Al más fuerte derribar,
No consigue sino dar
Coces contra el agujón.*



Las Moscas

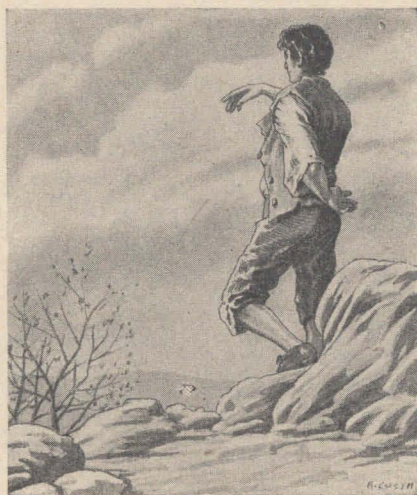
A un panal de rica miel
Dos mil moscas acudieron,
Que por golosas murieron
Presas de patas en él.
Otras dentro de un pastel
Enterró su golosina.

*Así, si bien se examina,
Los humanos corazones
Perecen en las prisiones
Del vicio que los domina.*

El Zagal y las Ovejas

Apacentando un joven su ganado,
Gritó desde la cima de un collado:
«¡Favor, que viene el lobo, labradores!»
Estos, abandonando sus labores,
Acuden prontamente,
Y hallan que es una chanza solamente.
Vuelve a clamar, y temen la desgracia:
Segunda vez los burla: ¡linda gracia!
¿Pero qué sucedió la vez tercera?
Que vino en realidad la hambrienta fiera
Entonces el zagal se desgaña,
Y por más que patea, llora y grita,
No se mueve la gente escarmentada,
Y el lobo le devora la manada.

*¡Cuántas veces resulta de un engaño
Contra el engañador el mayor daño!*



EL PERRO Y EL COCODRILO



Bebiendo un perro en el Nilo,
Al mismo tiempo corría.
«Bebe quieto», le decía
Un taimado cocodrilo.
Díjole el perro prudente:
«Dañoso es beber y andar;
Pero, ¿es sano el aguardar
A que me claves el diente?»

*¡Oh, qué docto perro viejo!
Yo venero su sentir
En esto de no seguir
Del enemigo el consejo.*

EL PASTOR

Salicio usaba tañer
La zampoña todo el año,
Y, por oírle, el rebaño
Se olvidaba de pacer.
Mejor sería romper
La zampoña al tal Salicio;

*Porque si causa perjuicio
En lugar de utilidad,
La mayor habilidad,
En vez de virtud, es vicio.*



UN COJO Y UN PICARÓN

A un buen cojo un descortés
Insultó atrevidamente:



Oyólo pacientemente,
Continuando su carrera,
Cuando al son de la cojera
Dijo el otro: «Una, dos, tres,
Cojo es.»
Oyólo el cojo; aquí fué
Donde el buen hombre perdió
Los estribos, pues le dió
Tanta cólera y tal ira,
Que la muleta le tira,
Quedándose, ya se ve,
Sobre un pie.
«Sólo el no poder correr
Para darte el escarmiento—
Dijo el cojo—, es lo que siento,
Que este mal no me atormenta»:

*Porque al hombre sólo afrenta,
Lo que supo merecer,
Padecer.*



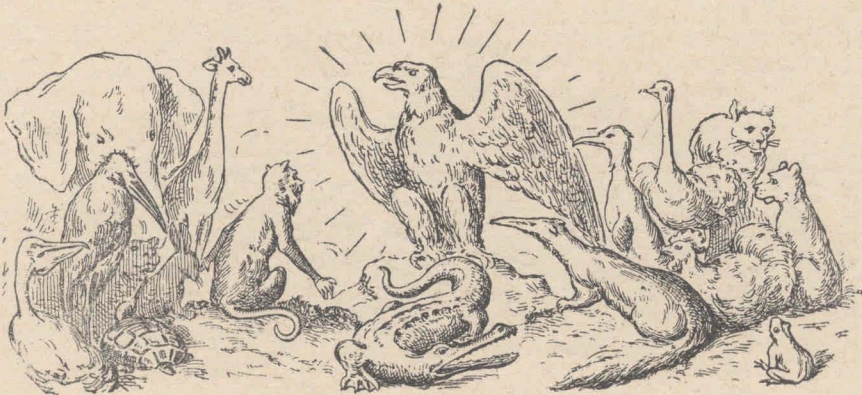
EL ÁGUILA Y LA ASAMBLEA DE LOS ANIMALES

Todos los animales cada instante
Se quejaban a Júpiter tonante
De la misma manera
Que si fuese un alcalde de montera.
El dios (y con razón) amostazado,
Viéndose importunado,
Por dar fin de una vez a las querellas,
En lugar de sus rayos y centellas,
De receptor envía desde el cielo
Al águila rapante, que de un vuelo
En la tierra juntó los animales,
Y expusieron en suma cosas tales.
Pidió el león la astucia del raposo,
Este de aquél lo fuerte y valeroso;
Envidia la paloma al gallo fiero,
El gallo a la paloma lo ligero.
Quiere el sabueso patas más felices,
Y cuenta como nada sus narices.
El galgo lo contrario solicita;

Y en fin ¡cosa inaudita!)
Los peces, de las ondas ya cansados,
Quieren poblar los bosques y los prados;
Y las bestias, dejando sus lugares,
Surcar las olas de los anchos mares.

Después de oírlo todo,
El águila concluye de este modo:
«¿Ves, maldita caterva impertinente,
Que entre tanto viviente
De uno y otro elemento,
Pues nadie está contento,
No se encuentra feliz ningún destino?
Pues, ¿para qué envidiar el del vecino?»
Con sólo este discurso
Aun el bruto mayor de aquel concurso
Se dió por convencido.

*De modo que es sabido
Que ya sólo se matan los humanos
En envidiar la suerte a sus hermanos.*





EL LEÓN, EL TIGRE Y EL CAMINANTE

Entre sus fieras garras oprimía
Un tigre a un caminante.
A los tristes quejidos al instante
Un león acudió: con bizarria
Lucha, vence a la fiera, y lleva al hombre
A su regia caverna. «Toma aliento—
Le decía el león—; nada te asombre:
Soy tu libertador: estáme atento.

¿Habrás bestia sañuda y enemiga,
Que se atreva a mi fuerza incomparable?
Tú puedes responder; o que lo diga
Esa pintada fiera despreciable.
Yo, yo solo, monarca poderoso,
Domino en todo el bosque dilatado.
¡Cuántas veces la onza y aun el ose
Con su sangre el tributo me han pagado!
Los despojos de pieles y cabezas,
Los huesos que blanquean este piso,
Dan el más claro aviso
De mi valor sin par y mis proezas.»

«Es verdad—dijo el hombre—, soy

[testigo: Tú lo sabrás mejor: dime, ¿y es cierto?]

Los triunfos miro de tu fuerza airada,
Contemplo a tu nación amedrentada;
Al librarme venciste a mi enemigo.
En todo esto, señor (con tu licencia)
Sólo es digna del trono tu clemencia.
Sé benéfico, amable,
En lugar de despótico tirano:
Porque, señor, es llano,
Que el monarca será más venturoso
Cuanto hiciere a su pueblo más dichoso.»

«Con razón has hablado;
Y ya me causa pena
El haber yo buscado
Mi propia gloria en la desdicha ajena.
En mis jóvenes años
El orgullo produjo mil errores,
Que me los ha encubierto con engaños
Una corte servil de aduladores.

Ellos me aseguraban de concierto,
Que por el mundo todo
No reinan los humanos de otro modo:
Tú lo sabrás mejor: dime, ¿y es cierto?»



EL CUERVO Y EL ZORRO

En la rama de un árbol,
Bien ufano y contento,
Con un queso en el pico
Estaba el señor cuervo.
Del olor atraído
Un zorro muy maestro,
Le dijo estas palabras
A poco más o menos:
«Tenga usted buenos días,
Señor cuervo, mi dueño:
Vaya que estáis donoso,
Mono, lindo en extremo.
Yo no gasto lisonjas,
Y digo lo que siento,
Que si a tu bella traza
Corresponde el gorjeo,
Juro a la diosa Ceres,
Siendo testigo el Cielo,

Que tú serás el fénix
De sus vastos imperios.»
Al oír un discurso
Tan dulce y halagüeño,
De vanidad llevado
Quiso cantar el cuervo.
Abrió su negro pico,
Dejó caer el queso:
El muy astuto zorro,
Después de haberlo preso,
Le dijo: «Señor bobo,
Pues sin otro alimento
Quedáis con alabanzas
Tan hinchado y repleto,
Digerid las lisonjas,
Mientras digiero el queso.»

*Quien oye aduladores,
Nunca espere otro premio.*



EL LOBO Y LA OVEJA



Cruzando montes y trepando cerros,
Aquí mato, allí robo,
Andaba cierto lobo,
Hasta que dió en las manos de los perros.
Mordido y arrastrado
Fué de sus enemigos cruelmente:
Quedó con vida milagrosamente;
Mas inválido al fin y derrotado.

Iba el tiempo curando su dolencia:
El hambre al mismo paso le afligía;
Pero como cazar aún no podía,
Con las hierbas hacía penitencia.

Una oveja pasaba, y él le dice:
«Amiga, ven acá, llega al momento:
Enfermo estoy, y muero de sediento:
Socorre con el agua a este infelice.»

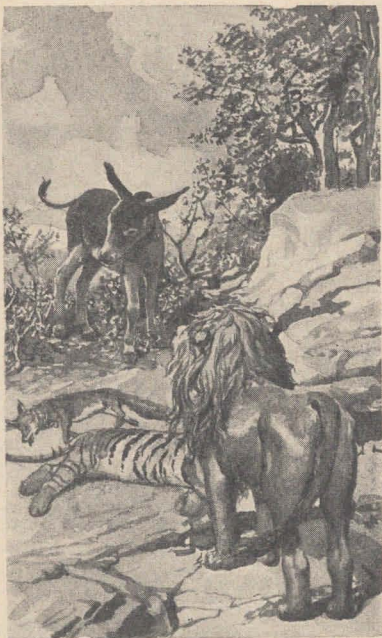
«¿Agua quieres que yo vaya a llevarte?—
Le responde la oveja recelosa—;

Dime, pues, una cosa:
¿Sin duda que será para enjuagarte,
Limpiar bien el garguero,
Abrir el apetito,

Y tragarme después como a un pollito?
Anda, que te conozco, marrullero.»

Así dijo, y se fué; si no, la mata.
¡Cuánto importa saber con quién se trata!

EL LEÓN Y EL ASNO CAZANDO



Su majestad leonesa en compañía
De un borrico se sale a montería.
En la parte al intento acomodada,
Formando el mismo león una enramada,
Mandó al asno que en ella se ocultase
Y que de tiempo en tiempo rebuznase,
Como trompa de caza en el ojeo.
Logró el rey su deseo;
Pues apenas se vió bien apostado,
Cuando al son del rebuzno destemplado,
Que los montes y valles repetían,
A su selvoso albergue se volvían
Precipitadamente
Las fieras enemigas juntamente;
Y en su cobarde huida
En las garras del león pierden la vida.
Cuando el asno se halló con los despojos
De devoradas fieras a sus ojos,
Dijo: «Pardiez, si llego más temprano,
A ningún muerto dejo hueso sano.»
A tal fanfarronada
Soltó el rey una grande carcajada.

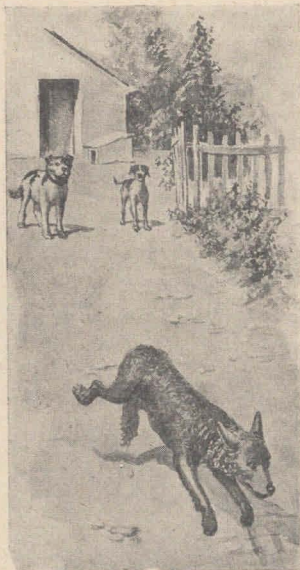
*Y es que jamás convino
Hacer del andaluz al vizcaíno.*

EL LOBO Y EL PERRO FLACO

Distante de la aldea
Iba cazando un perro
Flaco, que parecía
Un andante esqueleto.
Cuando menos lo piensa
Un lobo le hizo preso.
Aquí de sus clamores,
De sus llantos y ruegos.
«Decidme, señor lobo.
¿Qué queréis de mi cuerpo,
Si no tiene otra cosa
Que huesos y pellejo?
Dentro de quince días
Casa a su hija mi dueño
Y ha de haber para todos
Arroz y gallo muerto.
Dejadme ahora libre,
Que, pasado este tiempo,
Podrás comerme a gusto,
Lucio, gordo y relleno.»
Quedaron convenidos,
Y apenas se cumplieron
Los días señalados,

El lobo buscó al perro.
Estábase en su casa
Con otro compañero,
Llamado *Matalobos*,
Mastín de los más fieros:
Salen a recibirle
Al punto que le vieron;
Matalobos bajaba
Con corbatín de hierro.
No era el lobo persona
De tantos cumplimientos;
Y así por no gastarlos,
Cedió de su derecho.
Huía, y le llamaban;
Mas él iba diciendo
Con el rabo entre piernas:
«Pies, ¿para qué os
[quiero?]

*Hasta los niños saben
Que es de mayor aprecio
Un pájaro en la mano,
Que por el aire ciento.*





EL LEÓN ENVEJECIDO

Al miserable estado
De una cercana muerte reducido,
Estaba ya postrado
Un viejo león, del tiempo consumido,
Tanto más infeliz y lastimoso,
Cuanto había vivido más dichoso.

Los que, cuando valiente,
Humildes le rendían vasallaje,
Al verlo decadente,
Acuden a tratarle con ultraje,
Que, como la experiencia nos enseña,
De árbol caído todos hacen leña.

Cebados a porfía,
Le sitiaban sangrientos y feroces:
El lobo le mordía:

Tirábale el caballo fuertes coces:
Luego le daba el toro una cornada;
Después el jabalí su dentellada.

Sufrió constantemente
Estos insultos; pero reparando
Que hasta el asno insolente
Iba a ultrajarle, falleció clamando:
«Esto es doble morir; no hay sufrimiento,
Porque muero injuriado de un jumento.»

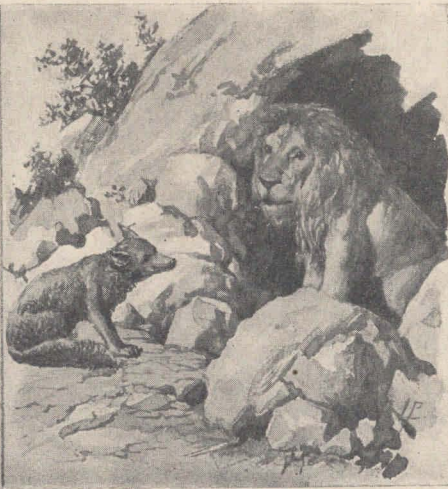
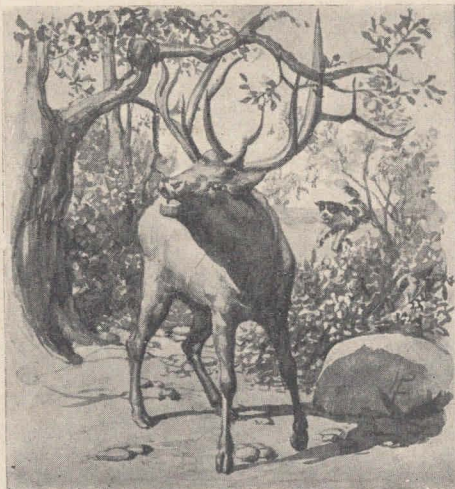
*Si en su mudable vida
Al hombre la Fortuna ha derribado
Con misera caída
Desde donde lo había ella encumbrado,
¿Qué ventura en el mundo se promete,
Si aun de los viles llega a ser juguete?*

EL TORRENTE Y EL RÍO

Despeñado un torrente
De un encumbrado cerro,
Caía en una peña,
Y atronaba el recinto con su estruendo.
Seguido de ladrones
Un triste pasajero,
Despreciando el ruido,
Atravesó el raudal sin desaliento;
Que es común en los hombres
Poseídos del miedo,
Para salvar la vida,
Exponerla tal vez a mayor riesgo.
Llegaron los bandidos,
Practicaron lo mismo
Que antes el caminante,
Y fueron en su alcance y seguimiento.

Encontró el miserable
De allí a muy poco trecho
Un río caudaloso,
Que corría apacible y con silencio.
Con tan buenas señales,
Y el próspero suceso
Del raudal bullicioso,
Determinó vadearle sin recelo;
Mas apenas dió un paso,
Pagó su desacuerdo,
Quedando sepultado
En las alevés aguas sin remedio.

*Temamos los peligros
De designios secretos,
Que el ruidoso aparato,
Si no se desvanece, anuncia el riesgo.*



El Ciervo en la Fuente

Un ciervo se miraba
En una hermosa cristalina fuente:
Placentero admiraba
Los enramados cuernos de su frente;
Pero al ver sus delgadas largas piernas,
Al alto cielo daba quejas tiernas.

«¡Oh dioses! ¿a qué intento
A esta fábrica hermosa de cabeza
Construís su cimiento,
Sin guardar proporción en la belleza?
¡Oh, qué pesar! ¡oh, qué dolor profundo,
No haber gloria cumplida en este mundo!»

Hablando de esta suerte,
El ciervo vió venir a un lebel fiero.
Por evitar su muerte,
Parte al espeso bosque muy ligero;
Pero el cuerno retarda su salida
Con una y otra rama entretejida.

Mas libre del apuro
A duras penas, dijo con espanto:
«Si me veo seguro,
Pese a mis cuernos, fué por correr tanto.
Lleve el diablo lo hermoso de mis cuernos,
Haga mis feos pies el Cielo eternos.»

*Así frecuentemente
El hombre se deslumbra con lo hermoso;
Elige lo aparente,
Abrazando tal vez lo más dañoso;
Pero escarmiente ahora en tal cabeza.
El útil bien es la mejor belleza.*

El León y la Zorra

Un león, en otro tiempo poderoso,
Ya viejo y achacoso,
En vano perseguía hambriento y fiero
Al mamón becerrillo y al cordero,
Que trepando por la áspera montaña
Huían libremente de su saña.
Afligido del hambre a par de muerte,
Discurrió su remedio de esta suerte:
Hace correr la voz de que se hallaba
Enfermo en su palacio, y deseaba
Ser de los animales visitado.
Acudieron algunos de contado;
Mas como el grave mal que lo postraba,
Era una hambre voraz, tan sólo usaba
La receta exquisita
De engullirse al *Monsieur* de la visita.
Acércase la zorra de callada,
Y a la puerta asomada,
Atisba muy despacio
La entrada de aquel cóncavo palacio.
El león la divisó, y en el momento
Le dice: «Ven acá, pues que me siento
En el último instante de mi vida:
Visítame como otros, mi querida.»
«¿Como otros? ¡ah, señor! he conocido
Que entraron sí, pero que no han salido.
Mirad, mirad la huella,
Bien claro lo dice ella;
Y no es bien el entrar do no se sale.»

La prudente cautela mucho vale.



EL LABRADOR Y LA CIGÜEÑA

Un labrador miraba
Con duelo su sembrado,
Porque gansos y grullas
De su trigo solían hacer pasto.
Armó sin más tardanza
Diestramente sus lazos,
Y cayeron en ellos
La cigüeña, las grullas y los gansos.
«Señor rústico—dijo
La cigüeña temblando—,
Quíteme las prisiones,
Pues no merezco pena de culpados.

La diosa Ceres sabe,
Que lejos de hacer daño,
Limpio de sabandijas,
De culbras y víboras los campos.»

«Nada me satisface—
respondió el hombre airado—:
Te hallé con delincuentes;
Con ellos morirás entre mis manos.

*La inocente cigüeña
Tuvo el fin desgraciado
Que pueden prometerse
Los buenos que se juntan con los malos*



EL CALVO Y LA MOSCA

Picaba impertinente
En la espaciosa calva de un anciano
Una mosca insolente.
Quiso matarla; levantó la mano;
Tiró un cachete; pero fuése salva,
Hiriendo el golpe la redonda calva.

Con risa desmedida
La mosca prorrumpió: «Calvo maldito,
Si quitarme la vida
Intentaste por un leve delito,
¿A qué pena condenas a tu brazo,
bárbaro ejecutor de tal porrazo?»

«Al que obra con malicia—
Le respondió el varón prudentemente—,
Rigurosa justicia
Debe dar el castigo conveniente;
Y es bien ejercitarse la clemencia
En el que peca por inadvertencia.

Sabe, mosca villana,
Que coteja el agravio recibido
La condición humana,
Según la mano de donde ha venido:
*Que el grado de la ofensa a tanto asciende,
Cuanto sea más vil aquel que ofende.»*

EL LEÓN, EL LOBO Y LA ZORRA

Trémulo y achacoso
 A fuerza de años un león estaba:
 Hizo venir los médicos, ansioso
 De ver si alguno de ellos le curaba.
 De todas las especies y regiones
 Profesores llegaban a millones.
 Todos conocen incurable el daño:
 Ninguno al rey propone el desengaño;
 Cada cual sus remedios le procura,
 Como si la vejez tuviese cura.
 Un lobo cortesano
 Con tono adulator y fin torcido
 Dijo a su soberano:
 «He notado, señor, que no ha asistido
 La zorra como médico al congreso,
 Y pudiera esperarse buen suceso
 De su dictamen en tan grave asunto.»
 Quiso su majestad que luego al punto
 Por la posta viniese:
 Llega, sube a palacio; y como viese
 Al lobo, su enemigo, ya instruida
 De que él era el autor de su venida,
 Que ella excusaba cautelosamente,
 Inclínándose al rey profundamente,
 Dijo: «Quizá, señor, no habrá faltado
 Quien haya mi tardanza acriminado;
 Mas será porque ignora
 Que vengo de cumplir un voto ahora,

Que por vuestra salud tenía hecho;
 Y para más provecho,
 En mi viaje traté gentes de ciencia
 Sobre vuestra dolencia.
 Convienen, pues, los grandes profesores,
 En que no tenéis vicio en los humores,
 En que sólo los años han dejado
 El calor natural algo apagado;
 Pero éste se recobra y vivifica,
 Sin fastidio, sin drogas de botica,
 Con un remedio simple, liso y llano.
 Que vuestra majestad tiene en la mano.
 A un lobo vivo arránquenle el pellejo,
 Y mandad que os lo apliquen al instante;
 Y por más que estéis débil, flaco, viejo,
 Os sentiréis robusto y rozagante,
 Con apetito tal, que sin esfuerzo,
 El mismo lobo os servirá de almuerzo.»
 Convino el rey; y entre el furor y el hierro
 Murió el infeliz lobo como un perro.

*Así viven y mueren cada día
 En su guerra interior los palaciegos,
 Que con la emulación rabiosa ciegos,
 Al degüello se tiran a porfía.
 Tomen esta lección muy oportuna:
 Lleguen a la privanza, en hora buena;
 Mas labren su fortuna
 Sin cimentarla en la desgracia ajena.*

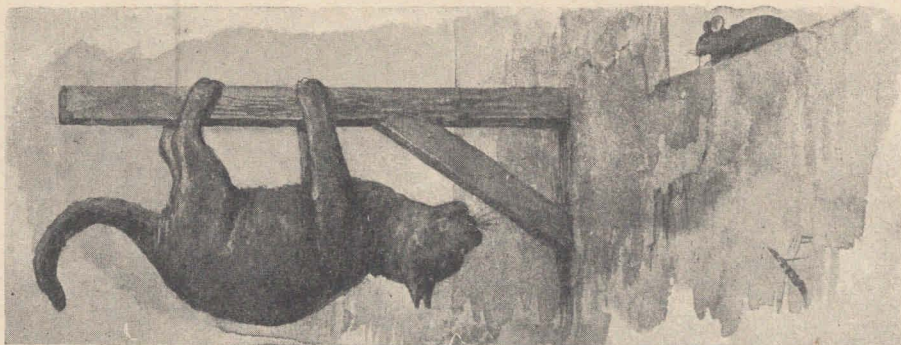




EL LOBO Y EL PERRO

En busca de alimento
Iba un lobo muy flaco y muy hambriento.
Encontró con un perro tan relleno,
Tan lucio, sano y bueno,
Que le dijo: «Yo extraño
Que estés de tan buen año,
Como se deja ver por tu semblante;
Cuando a mí, más pujante,
Más osado y sagaz, mi triste suerte
Me tiene hecho retrato de la muerte.»
El perro respondió: «Sin duda alguna
Lograrás, si tú quieres, mi fortuna.
Deja el bosque y el prado;
Retírate a poblado;
Servirás de portero
A un rico caballero,
Sin otro afán, ni más ocupaciones
Que defender la casa de ladrones.»
«Acepto desde luego tu partido
Que para mucho más estoy curtido.
Así me libraré de la fatiga
A que el hambre me obliga,
De andar por montes sendereando peñas,
Trepando riscos y rompiendo breñas,
Sufriendo de los tiempos los rigores,
Lluvias, nieves, escarchas y calores.»
A paso diligente
Marchaban juntos amigablemente,
Tratando varios puntos de confianza,
Pertenecientes a llenar la panza.
En esto el lobo por algún recelo,
Que comenzó a turbarle su consuelo,

Mirando al perro dijo: «He reparado
Que tienes el pescuezo algo pelado.
Dime, ¿qué es eso?» «Nada.»
«Dímelo por tu vida, camarada.»
«No es más que la señal de la cadena;
Pero no me da pena,
Pues aunque por inquieto
A ella estoy sujeto,
Me sueltan cuando comen mis señores.
Recíbenme a sus pies de mil amores:
Ya me tiran el pan, ya la tajada,
Y todo aquello que les desagrada:
Este lo mal asado,
Aquél un hueso poco descarnado;
Y aun un glotón que todo se lo traga,
A lo menos me halaga,
Pasándome la mano por el lomo:
Yo meneo la cola, callo y como.»
«Todo eso es bueno, yo te lo confieso;
Pero por fin y postre tú estás preso:
Jamás sales de casa.
No puedes ver lo que en el pueblo pasa.
¿Es así? pues, amigo,
La amada libertad que yo consigo,
No he de trocarla de manera alguna
Por tu abundante y próspera fortuna.
Marcha, marcha a vivir encarcelado;
No serás envidiado
De quien pasea el campo libremente,
Aunque tú comas tan glotonamente,
Pan, tajadas y huesos, porque al cabo,
No hay bocado en sazón para un esclavo.»

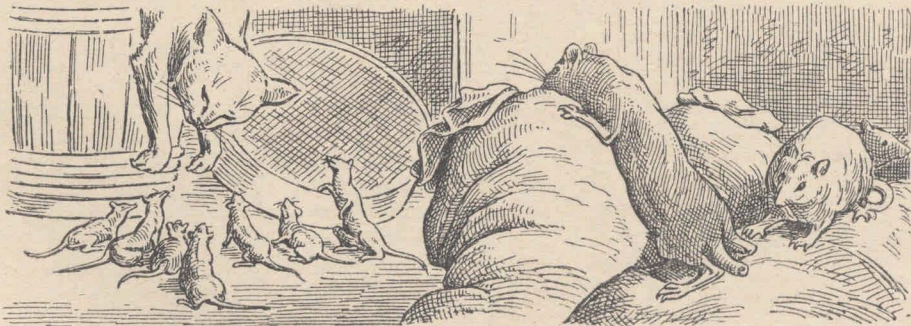


LOS RATONES Y EL GATO

Marramaquiz, gran gato,
De nariz roma, pero largo olfato,
Se metió en una casa de ratones.
En uno de sus lóbregos rincones
Puso su alojamiento:
Por delante de sí, de ciento en ciento
Les dejaba por gusto libre el paso,
Como hace el bebedor que mira al vaso;
Y ensanchando así más sus tragaderas,
Al fin los escogía como peras.
Este fué su ejercicio cotidiano;
Pero tarde o temprano
Al fin ya los ratones conocían
Que por instantes se disminuían.
Don *Roepán*, cacique el más prudente
De la ratona gente,
Con los suyos formó pleno consejo,
Y dijo así con natural despejo:
«Supuesto, hermanos, que el sangriento
[bruto
Que metidos nos tiene en llanto y luto,
Habita el cuarto bajo,
Sin que pueda subir ni aun con trabajo
Hasta nuestra vivienda, es evidente
Que se atajará el daño solamente

Con no bajar allá de modo alguno.»
El medio pareció muy oportuno:
Y fué tan observado,
Que ya *Marramaquiz*, el muy taimado,
Metido por el hambre en calzas prietas,
Discurrió entre mil tretas
La de colgarse por los pies de un palo
Haciendo el muerto: no era el ardid malo,
Pero don *Roepán* luego que advierte
Que su enemigo estaba de tal suerte,
Asomando el hocico a su agujero,
«Hola—dice—; ¿qué es eso, caballero?
¿Estás muerto de burlas, o de veras?
Si es lo que yo recelo, en vano esperas:
Pues no nos contaremos ya seguros
Aun sabiendo de cierto
Que eres, a más de gato muerto,
Gato relleno ya de pesos duros.»

*Si alguno llega con astuta maña,
Y una vez nos engaña,
Es cosa muy sabida,
Que puede algunas veces
El huir de sus trazas y dobleces,
Valernos nada menos que la vida.*





EL FILÓSOFO Y EL FAISÁN

Llevado de la dulce melodía
Del cántico variado y delicioso,
Que en un bosque frondoso
Las aves forman saludando al día,
Entró cierta mañana
Un sabio en los dominios de Diana.
Sus pasos esparcieron el espanto
En la agradable estancia;
Interrúmpese el canto;
Las aves vuelan a mayor distancia;
Todos los animales asustados
Huyen delante de él precipitados;
Y el filósofo queda
Con un triste silencio en la arboleda.
Marcha con cauto paso ocultamente:
Descubre sobre un árbol eminente
A un faisán, rodeado de su cría,
Que con amor materno la decía:
«Hijos míos, pues ya que en mis lecciones
Largamente os hablé de los milanos,
De los buitres y alcones,
Hoy hemos de tratar de los humanos.
La oveja en leche y lana
Da abrigo y alimento
Para la raza humana;

Y en agradecimiento
A tan gran bienhechora,
La mata el hombre mismo y la devora.
A la abeja que labra sus panales
Artificiosamente,
La roba, come, vende sus caudales,
Y la mata en ejércitos su gente.
¿Qué recompensa, en suma,
Consigue al fin el ganso miserable
Por el precioso bien incomparable
De ayudar a las ciencias con su pluma?
Le da muerte temprana el hombre ingrato,
Y hace de su cadáver un gran plato.
Y pues que los humanos son peores
Que milanos y azores,
Y que toda perversa criatura,
Huiréis con horror de su figura.»
Así charló; y el hombre se presenta.
«Ese es» grita la madre; y al instante
La familia volante
Se desprende del árbol y se ausenta.
¡Oh, cómo habló el faisán! Mas, ¡qué
dijera—,

El filósofo exclama—, si supiera
Que en sus propios hermanos
La ingratitud ejercen los humanos!





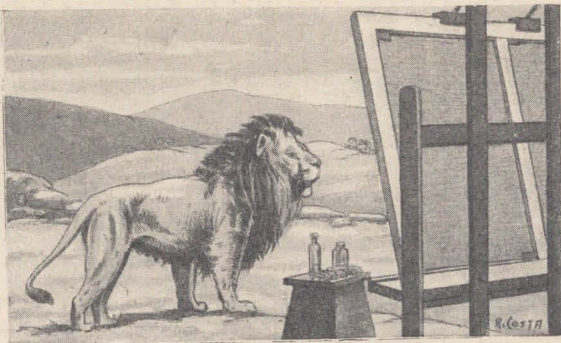
La Zorra y el busto

Dijo la zorra al busto,
Después de olerlo:
Tu cabeza es hermosa,
Pero sin seso.

*Como éste hay muchos,
Que aunque parecen*
[hombres,
Sólo son bustos.

La Codorniz

Preso en estrecho lazo
La codorniz sencilla
Daba quejas al aire,
Ya tarde arrepentida.
¡Ay de mí miserable,
Infeliz avecilla,
Que antes cantaba libre,
Y ya lloro cautiva!
Perdí mi nido amado,
Perdí en él mis delicias;
Al fin perdílo todo,
Pues que perdí la vida.
¿Por qué desgracia tanta?
¿Por qué tanta desdicha?
Por un grano de trigo:
¡Oh cara golosina!
¡El apetito ciego
A cuántos precipita,
Que por lograr un nada,
Un todo sacrifican!



El León vencido por el Hombre

Cierto artífice pintó
Una lucha, en que valiente
Un hombre tan solamente
A un horrible león venció.
Otro león que el cuadro vió,
Sin preguntar por su autor,
En tono despreciador
Dijo: *Bien se deja ver
Que es pintar como querer;
Y no fué león el pintor.*

LA CIERVA Y EL LEÓN

Más ligera que el viento,
Precipitada huía
Una inocente cierva
De un cazador seguida.
En una obscura gruta,
Entre espesas encinas,
Atropelladamente
Entró la fugitiva.
Mas ¡ay! que un león

[sañado,
Que allí mismo tenía
Su albergue, y era susto
De la selva vecina,
Cogiendo entre sus garras
A la res fugitiva,
Dió con cruel fiereza
Fin sangriento a su vida.

*Si al evitar los riesgos
La razón no nos guía,
Por huir de un tropiezo
Damos mortal caída.*



ESOPO Y UN ATENIENSE



Cercado de muchachos,
Y jugando a las nueces,
Estaba el viejo Esopo
Más que todos alegre.
«¡Ah, pobre! ya chochea»,
Le dijo un ateniense.
En respuesta, el anciano
Coge un arco que tiene
La cuerda floja, y dice:
«Ea, si es que lo entiendes,
Dime, ¿qué significa
El arco de esta suerte?»
Lo examina el de Atenas,
Piensa, cavila, vuelve,
Y se fatiga en vano,
Pues que no lo comprende.
El frigio victorioso
Le dijo: «Amigo, advierte,
Que romperás el arco
Si está tirante siempre:
Si flojo, ha de servirte,
Cuando tú lo quisieres.»

*Si al ánimo estudioso
Algún recreo dieren,
Volverá a sus tareas
Mucho más útilmente.*



LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO

Érase una gallina que ponía
Un huevo de oro al dueño cada día.
Aun con tanta ganancia mal contento,
Quiso el rico avariento
Descubrir de una vez la mina de oro,
Y hallar en menos tiempo más tesoro.
Matóla, abrióla el vientre de contado;
Pero después de haberla registrado,
¿Qué sucedió? que, muerta la gallina,

Perdió su huevo de oro, y no halló mina.

*¡Cuántos hay que teniendo lo bastante,
Enriquecerse quieren al instante,
Abrazando proyectos,
A veces de tan rápidos efectos,
Que sólo en pocos meses,
Cuando se contemplaban ya marqueses,
Contando sus millones,
Se vieron en la calle sin calzones!*



LA COMADREJA Y LOS RATONES

Débil y flaca cierta comadreja,
No pudiendo ya más de puro vieja,
Ni cazaba ni hacía provisiones
De abundantes ratones,
Como en tiempos pasados,
Que elegía los tiernos, regalados,
Para cubrir su mesa.
Sólo de tarde en tarde hacía presa
En tal cual que pasaba muy cercano,
Gotoso, paralítico o anciano.
Obligada del hambre cierto día,
Urdió el modo mejor con que saldría
De aquella pobre situación hambrienta,
Pues la necesidad todo lo inventa.
Esta vieja taimada
Métese entre la harina amentonada.

Alerta y con cautela,
Cual suele en la garita el centinela,
Espera ansiosa su feliz momento
Para la ejecución del pensamiento.
Llega el ratón sin conocer su ruina,
Y mete el hociquillo entre la harina.
Entonces ella le echa de repente
La garra al cuello, y al hocico el diente.
Con este nuevo ardido tan oportuno
Se los iba embuchando de uno en uno;
Y a merced de discurso tan extraño,
Logró sacar su tripa de mal año.

*Es feliz un ingenio interesante:
El nos ayuda, si el poder nos deja;
Y al ver lo que pasó a la comadreja,
¿Quién no aguzará el suyo en adelante?*

FIN

ÍNDICE

	PÁGS.		PÁGS.
A los caballeros alumnos del Real Seminario Patriótico Vascongado.	7	El ratón de la corte y el del campo.	38
El asno y el cochino.	7	La zorra y la cigüeña.	39
La cigarra y la hormiga.	8	El leopardo y las monas.	39
El muchacho y la fortuna.	8	El hombre y la fantasma.	40
A don Javier María de Muniye e Idiáquez, conde de Peñafiorida, director perpetuo de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País.	9	El gato y las aves.	41
El león con su ejército.	10	La cierva y la viña.	42
Las ranas pidiendo rey.	10	El león y la rana.	42
El asno infeliz.	10	El viejo y el chalán.	43
El gorrión y la liebre.	11	El viejo y la muerte.	43
La oveja y el ciervo.	11	El ciudadano pastor.	44
Las liebres y las ranas.	12	El raposo y el lobo.	45
El grajo vano.	12	La hermosa y el espejo.	45
La zorra y las uvas.	12	La gata mujer.	46
El cerdo, el carnero y la cabra.	13	Las ranas sedientas.	46
Demetrio y Menandro.	13	El asno y el perro.	47
La pava y la hormiga.	14	Los dos perros.	47
Los dos titiriteros.	15	El ciervo y los bueyes.	48
La lechera.	16	El raposo y el perro.	49
El parto de los montes.	17	Los dos cazadores.	50
El asno y el caballo.	17	El cuervo y la serpiente.	50
Las hormigas.	17	El cazador y la perdiz.	50
El jabalí y el carnero.	18	El lobo, la zorra y el mono juez.	51
El hombre y la comadreja.	18	El pescador y el pez.	51
La mariposa y el caracol.	19	Los dos gallos.	51
Los animales con peste.	20	El carretero y Hércules.	52
El cazador y los conejos.	21	Los dos machos.	52
El murelélago y la comadreja.	21	El jabalí y la zorra.	52
Las dos ranas.	22	Los gatos escrupulosos.	53
El pájaro herido de una flecha.	22	La moda.	54
El asno y las ranas.	23	La serpiente y la lima.	55
La tortuga y el águila.	23	Las moscas.	55
El gallo y el zorro.	24	El zagal y las ovejas.	55
El caballo y el ciervo.	24	El perro y el cocodrilo.	56
El cordero y el lobo.	25	El pastor.	56
El lobo y la cigüeña.	25	Un cojo y un picarón.	56
El hombre y la culebra.	26	El águila y la Asamblea de los Animales.	57
El milano enfermo.	26	El león, el tigre y el caminante.	58
El milano y las palomas.	27	El cuervo y el zorro.	59
La zorra y la gallina.	27	El lobo y la oveja.	59
El león y la cabra.	28	El león y el asno cazando.	60
El asno cargado de reliquias.	28	El lobo y el perro fiaco.	60
El león y el ratón.	29	El león envejecido.	61
El asno vestido de león.	29	El torrente y el río.	61
El chivo afeitado.	30	El ciervo en la fuente.	62
El filósofo y la pulga.	31	El león y la zorra.	62
El águila, la gata y la jabalina.	32	El labrador y la cigüeña.	63
El raposo, la mujer y el gallo.	33	El calvo y la mosca.	63
Batalla de las comadreas y los ratones.	33	El león, el lobo y la zorra.	64
El león enamorado.	34	El lobo y el perro.	65
El cazador y el perro.	34	Los ratones y el gato.	66
El asno y el lobo.	35	El filósofo y el faisán.	67
La leona y el oso.	35	La zorra y el busto.	68
Las exequias de la leona.	36	La codorniz.	68
La gata con cascabeles.	37	El león vencido por el hombre.	68
El herrero y el perro.	38	La cierva y el león.	69
		Esopo y un ateniense.	69
		La gallina de los huevos de oro.	70
		La comadreja y los ratones.	70

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

Mi primera lectura.
 Horas felices.
 El mundo animal para niños.
 El amiguito.
 Escuela de animales.
 Aventuras de animales.
 Los niños de otros países.
 El libro del nene.
 Niños buenos y niños malos.
 Cuentos para niños.
 El país de las maravillas.
 Cuentos de hadas.
 El mundo maravilloso.
 Mi libro favorito.
 Episodios y aventuras.
 Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.)
 Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)
 Narraciones.
 Tardes de Otoño.
 El mundo de los niños.
 Las tribulaciones de Meterete.
 Leedme.
 Episodios de animales.
 Los hijos del héroe.

El libro de las maravillas.
 Historias de animales.
 El libro de los niños.
 Cómo juegan los niños de todo el mundo.
 A B C. El libro de oro de los niños.
 La hija de Juan Palomo.
 El aventurero.
 La ciudad del oro.
 La isla desconocida.
 El país de los antropófagos.
 Los misterios de la selva.
 Pirulete en el país del sueño y de la holganza.
 Lecturas infantiles.
 La voz de los niños.
 Cómo viven los niños de otras razas.
 Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
 Fábulas de Samaniego.
 La nochebuena.
 Robinson Crusó.
 Lo que puede más que el hombre.
 Lo que somos.

Cuentos de Grimm.
 Las famosas aventuras de don Quijote.
 Cuentos de Perrault.
 Fábulas de Esopo.
 Cuentos del abuelito.
 En vacaciones.
 Genoveva de Brabante.
 Niños de todas clases.
 Los dos hermanos.
 Eustaquio.
 Vidas de hombres célebres.
 Episodios históricos.
 Cuentos y fantasías.
 Fábulas de Iriarte.
 Cuentos de Andersen.
 Cuento de primavera.
 Mi mejor juguete.
 Para el nene.
 Gulliver en el país de los enanos.
 Gulliver en el país de los gigantes.
 Animales feroces.
 Animales domésticos.
 Lecturas escogidas en prosa y verso.

BIBLIOTECA SELECTA

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen. (1.º)
11. Cuentos de Andersen. (2.º)
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.

26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «Cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo.
39. Una ciudad flotante. (1.ª)
40. Una ciudad flotante. (2.ª)
41. Miguel Strogoff. (1.ª p.)
42. Miguel Strogoff. (2.ª p.)
43. Las Indias negras. (1.ª p.)
44. Las Indias negras. (2.ª p.)
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La Paloma.—El Canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.

53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El Condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac. (1.º)
58. Id. id. (2.º)
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.º)
63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.º)
64. Los Quinientos millones de la Begún.
65. De la tierra a la luna.
66. Alrededor de la luna.
67. El «Chancellor».
68. Las tribulaciones de un chino en China.
69. Una invernada entre los hielos.
70. Veinte mil leguas de viaje submarino.
71. La vuelta al mundo en ochenta días.
72. Viaje al centro de la tierra.